

Y que el río se lleve todo

CLAUDIA CHAMUDIS

A mis viejos,
por la biblioteca
y la confianza.

Otras tierras

Antes de que la luna llegue por novena vez a hacerse redonda Iyatäé siente unos dolores que la atan a la tierra y llama a los gritos a las viejas. Entre dos la ayudan a sentarse de cuclillas para que la criatura pueda bajar. Es una niña azulada y frágil que berrea como un ternerito guacho. A la beba le cuesta prenderse a sus pezones duros. Apenas puede tragar y vomita lo poco que traga.

Nadel hace lo que hacen los padres cuando han parido. Está varios días echado, en parte también por la desilusión de ver que han parido una beba débil y enfermiza. Falta lluvia y los animales se fueron para otras tierras. El río está más espeso y caliente, algún que otro bagre boquea cerca de la orilla. En poco tiempo se van a ir ellos también detrás de los animales y van a dejar las huellas de las fogatas y los hornos.

Sus hermanos vienen a avisar que parten dentro de tres noches. Nadel se levanta para empezar a preparar a los animales y para avisarle a su otra esposa que también ella va a tener que desarmar choza y juntar lanzas e hijos. Iyatäé mira a su bebé que duerme, como casi todo el día, entre sus brazos. No le pusieron nombre todavía, pero cree que se parece a un pichón de paloma, los pocos pelos negros

como un plumón y las patitas flacas: Covinig, le dice entre susurros, mi pichoncita, tenés que tomar mucha leche y hacerte fuerte. Faltan tres días. Cuánto va a poder fortalecerse este manojito de huesos para un viaje largo.

Tres días es poco tiempo para rellenar ese cuerito. Ya están las chozas desarmadas y plegadas sobre los lomos de los caballos. Ya están las lanzas ordenadas y los cacharros envueltos. Iyatäé se queda unos instantes mirando a los que están listos para partir. Los ojos de su esposo le dicen todo. Covinig no lo soportaría, hay que cruzar el río y cabalgar muchos días con sus noches hasta encontrar un nuevo lugar para asentarse. Nadel le dice que es así como ha sido siempre. Ella ya vio a otras mujeres tener que tomar la decisión antes de un nuevo recorrido, cuando el recién nacido es tan pequeño y débil que es seguro que morirá sin llegar al nuevo lugar. Con los ojos ardidados camina hacia lo espeso del monte con su hija arropada en el pecho. No quiere ayuda de nadie. Prefiere que quede en este lugar, donde está enterrado su padre, el gran Caalac, que podrá cuidarla.

Apenas un movimiento y siente el crujir de los huesitos del cuello. No le demanda mucha fuerza pero le trae un dolor que arde y sube desde el vientre. La apoya en la tierra para cavar con las manos un pozo apenas profundo donde pueda dejarla. Debajo de un

aromo que otros no van a ver tan hermoso, con una rama torcida que casi toca el suelo. La piel de Covinig está pálida, los ojos entreabiertos no miran nada. La acuesta en el hueco reseco, acomoda las piernitas flacas y sostiene uno de sus brazos. Echa la tierra liviana como harina de algarroba, hasta que no se ve más que una mano que sobresale. Iyatáé se queda en cuclillas. Le cuesta soltar los dedos de su bebé.

Va a tener que recordar este monte, este aromito, esta rama. Cuando los animales y los hombres vuelvan ella también va a volver a dejarle en la mano tendida algunos frutos para que no pase hambre su Covinig. Se fue muy pequeña y muy débil. El alma de su padre, el gran Caalac, también quedó en el monte, persiguiendo tigres y carpinchos que se esconden entre el barro y el río. Su cuerpo y el de su caballo fueron enterrados no muy lejos de ahí, esa vez que la garra del tigre fue más rápida que su lanza. Así que le pide a él, en un susurro, que cuide el cuerpo de su hijita, que tienda una manta para protegerla de los carroñeros hasta que ella pueda volver.

En lo que queda del caserío un silencio respetuoso la consuela. El fuego del vientre no se apaga, el ardor sube hasta los ojos y se tensa hasta sus manos, con las que va a cargar el atado de cueros y vasijas hasta que encuentren un nuevo lugar para vivir.

Una luna casi llena

Ya armaron asentamiento en la nueva tierra. Iyatáé se recuesta sobre los cueros tendidos. Mira la distancia entre las paredes de la choza y el piso. Caben cuatro o cinco dedos. Suficiente para que los perros asomen su hocico curioso. Suficiente para que los cuises entren y salgan husmeándolo todo. Suficiente para que los mosquitos aleteen su danza irregular. Pero no alcanza para que ella pueda pasar su cuerpo delgado fuera de la choza. Le gustaría poder esconderse. Nadel le dijo que hoy va a dormir con ella. Pensó que se iba a quedar un tiempo más con Carimí, su otra mujer. Todavía le duele en el cuerpo el recuerdo de su Covinig. Pero va a quedarse ahí tendida, como tantas mujeres lo han hecho antes, esperando a su hombre que no dejará de comer hasta que no quede nada de carne entre las brasas.

El corazón le salta entre las costillas. El latido le llega a la cabeza. Su boca está seca. Se acuerda del monte que dejaron atrás. Se acuerda de su padre, el gran Caalac, que descansa junto a su mejor caballo. Se acuerda de su Covinig. Busca de una de las vasijas un poco de agua y la bebe con torpeza, dejando que se derrame por las comisuras. Los ruidos de la noche

entran en la choza. Gritos lejanos de almas que quedaron en el monte se mezclan con los balidos lánguidos de las ovejas y con los golpes atolondrados de su corazón, que marcan el ritmo de todo lo otro.

Piensa que es una buena esposa. Sabe trabajar el barro, volverlo liso y parejo, levantar con paciencia las paredes hasta hacer una vasija que soporta bien el fuego. Sabe también recolectar la miel de los panales sin que ni una abeja la pueda picar, y con esa miel sabe hacer la bebida que tanto les gusta a los hombres. Podrá darle a Nadel hijos fuertes para la caza y también podrá darle hijas que aprenderán a cuidar de la casa y de los animales y de las armas. Nadel entra en la choza y la encuentra sentada con la vasija de agua entre las manos. Iyatáé quisiera poder sonreír, pero en su cara los ojos están ahora ocupándolo todo. Su esposo le quita la vasija de las manos y empuja a Iyatáé hasta que su espalda toca otra vez los cueros del piso. Quisiera poder mirarlo como cuando él le mostraba su sonrisa de hombre joven y fuerte, pero vuelve a girar la cabeza hacia el costado, hacia las paredes de cuero gastado por donde los cuises siguen entrando y saliendo y ella siente la misma ansiedad que la noche en el que Nadel pagó la dote y se casaron.

La respiración de su esposo cambia de ritmo. Se quita con prisa los pocos cueros que lo cubren. Es ahora lanza, es leño ardiendo, es puñal, es cuerno de

toro. Iyatäé pasa la lengua por su cuerpo, como le han enseñado las mujeres en las rondas, sus manos moldean la carne de Nadel como si fuera la misma arcilla con la que fabrica las vasijas.

Apenas Nadel se echa a su lado y cierra los ojos Iyatäé se incorpora y sale de la choza. Le pide al alma de su padre que esta misma noche pueda concebir un pequeño cazador de piernas y brazos fuertes. Tiene ganas de orinar, pero las ancianas le han recomendado que aguante cuanto pueda para que la semilla prenda. Cierra los ojos y percibe el dulzor de las flores de los aromitos.

La luna está casi llena, le falta apenas un mordisco. Podrá contar así cuánto falta para que nazca su hijo. Cerca de la luna la constelación de las tres estrellas, la que llaman las tres viejas, la cuida. Ella lleva el nombre de la estrella central, por lo que sabe que está protegida cuando la mira.

Somos nosotros hojas que se sacuden con el viento y somos viento. Somos el cuero que sujeta las vísceras del tigre y somos el cuero que ahora envuelve el alma del cazador. Somos el barro de donde nacen los sapos y somos las larvas que depositan los mosquitos en el barro. Nosotros somos luz de luna, luz de sol ardiente, luz lejana de estrellas, sombra fresca de timbó y sombra temible de nube de tormenta.

Nos hacemos río que acompaña a las mujeres y a los hombres hasta las chozas. Somos ahora las moscas revoloteando en los huesos que quedaron en el fogón casi apagado. Llega la noche y la tristeza sigue rondando, así que nos volvemos libélulas que los niños corren a los saltos para llevarse nuestra luz en un puño. Cuando los hombres duermen somos los perros vigías con orejas atentas que cuidamos el sueño de nuestros hermanos.

Cuando el sol se va a iluminar dentro de la tierra la luna viene a nuestro encuentro. Entonces los que somos de la oscuridad salimos y los que somos del día nos escondemos. Y en la noche las estrellas nos cuentan las historias de un tiempo de antes.

En el tiempo de antes nosotros hablábamos con nuestros hermanos en su misma lengua y podíamos cambiar de piel y ser hombre, mujer, zorro, mono o serpiente o tucán, según si necesitáramos volar o reptar o alcanzar un fruto de una rama alta, hasta que el gran fuego bajó del cielo y para que no terminara de comerlo todo nosotros le dimos nuestra voz y entonces se llenó la boca de nuestras palabras y se apagó. Desde entonces nuestros hermanos hombres y mujeres son los únicos que dicen las cosas en lengua y nosotros las decimos en aullidos y graznidos y en los colores de las hojas y en los ruidos de los truenos y el frescor de la lluvia y así a veces nos entendemos.

Abrazos y peces

En la ronda comentan que por ahí cerca, a uno o dos días a pie, se instalaron unos hombres blancos que se hacen llamar padres. Cuentan que muchos hermanos fueron a conocer y se quedaron. Algunos quieren ir a ver cómo es eso de convivir con los padres blancos, que aprenden los nombres de las plantas y los animales y enseñan a hacer sonidos con cuerdas y maderas y levantan sus casas de tierra dura. El cacique pide que varios lo acompañen a ver las novedades.

Iyatáé no tiene ganas de irse. Esta tierra nueva es generosa. Los quebrachos ya abren sus semillas que vuelan en el viento fresco, los aromitos se llenan de flores amarillas y los cactus explotan en frutos rojos y espinosos. Han podido hacerse su lugar en un claro del montecito bajo y achaparrado, cerca del río. No les va a faltar comida ni agua por unas cuantas lunas. Hasta los pájaros se sienten contentos con su llegada y cantan desde la mañana. Se sienta con otras mujeres a desplumar perdices o a limpiar los cueros de tigre. Su tatuaje se está completando, las caderas y los pechos volvieron a llenarse y eso a Nadel lo entusiasma en las noches que pasan juntos. Su vientre está otra vez creciendo, y esta vez va a comer todos los días la mejor carne y los frutos más dulces.

Después de muchas discusiones, el cacique arma una partida con los cazadores más fuertes y jóvenes para ir a conocer a los padres blancos, a un lugar que llaman San Xavier. Entre ellos se va Nadel. Lleva un tocado de plumas que deja ver su frente tatuada. Es un poco más modesto que el del cacique pero a Iyatáé le parece igual de hermoso.

En el caserío quedan los viejos, las mujeres, los niños y algún que otro hombre demasiado enfermo o arisco como para dar buena impresión.

En estos días hay más tiempo para hacer vasijas, para tatuarse los cuerpos sin el apuro de atender a los maridos. Si no hay carne para asar, buscan higos y hunden en ellos nariz, labios y dientes.

Pero los viejos se cansan de las comidas dulces y protestan. Iyatáé va hasta el río, justo en la desembocadura de un arroyito. Lleva un par de lanzas filosas y un cuero para traer el botín. De chica era la más hábil de sus hermanos para la pesca. Se mete hasta las rodillas en el agua fresca y espera, el brazo levantado y tenso, concentra la mirada buscando señales en la superficie mentirosa del agua.

Los dos primeros intentos fracasan, pero al tercero siente cómo la madera atraviesa el lomo de un pez. El bagrecito todavía corcovea cuando lo saca. Van a ser algunos más y un pez rey, de los más buscados por su carne blanca y suave. Varios nenes la están

esperando en la orilla y festejan cada vez que un pez ensartado deja el río.

Un pozo en la tierra, los pescados ya destripados y otro poco de tierra mojada para taparlos. Arriba las ramas del aromito y un par de nidos de loro que se cayeron de los árboles se encienden en llamas. Los peces ahumados se comparten en la ronda. Iyatäé mira hacia donde sale el sol, hacia donde se fueron los hombres. Qué puede haber mejor que esto, que estas brasas, que esta quietud mansa del caserío.

Una de las viejas saca de su choza una vasija con bebida de miel. Lleva varias semanas reposando a la sombra, convirtiendo el azúcar en líquido. Cada una de ellas toma un trago generoso, y hasta algunos nenes que se metieron en la ronda haciéndose los distraídos escamotean un sorbo. La chicha baja por la garganta, les calienta el pecho y el estómago, y en la próxima vuelta Iyatäé siente además una alegría que le desborda por los labios y los ojos.

Algunas mujeres lloran porque extrañan a sus esposos, otras lloran porque no quieren que vuelvan. Es tan lindo así, dice una, mientras dibuja un círculo con su brazo: así, abrazadas, tratando de contener los últimos calores de las brasas que son casi ceniza. Iyatäé se echa de espaldas y trata de encontrar las primeras estrellas que alcanzan a dibujarse en el cielo morado.

No los necesitamos, dice una de las mujeres tendida a su lado, ya tenemos una pescadora. Iyatáé siente los ojos de sus hermanas en ella. Mañana va a ir a cazar.

Somos nosotros los que hemos cuidado a nuestros hermanos durante días y noches, siguiendo su andar lento de caballos cargados. A veces no entendemos de la urgencia por buscar siempre otra cosa, de no esperar los ciclos de abundancia y de escasez, pero parece que así son los hombres, como si estuvieran sentados sobre un hormiguero que no los deja en quietud mucho tiempo. Cuando los primeros niños empezaron a llorar de cansancio nos desplegamos en abundancia y hermosura en un claro de monte.

Hicimos más verdes nuestros verdes y más intensos nuestros amarillos y perfumes, cargamos las algarrobas de frutos para hacer la harina, nos acercamos intrépidos los carpinchos y los osos hormigueros y los tigres. Los pájaros entonamos trinos de bienvenida. Entonces los hermanos parecieron comprender que este era el nuevo lugar para nosotros y para ellos y cada mujer eligió un sitio para levantar choza. Volvieron los fuegos y las rondas

alrededor del fuego para compartir la caza nuevamente cuantiosa. Pero no les alcanza.

Nos hacemos pluma de tocado, guijarro que patean nuestros hermanos mientras caminan uno detrás del otro, somos coro de loros que interrumpen las charlas llenas de preguntas. Apenas se divisa el caserío nos detenemos: ya hemos estado ahí, en voces de ancianos que curan, en caranchos que picotean los borregos muertos, y sabemos que no nos quieren. Los esperamos, agazapados en la última espesura del monte, viendo las espaldas de nuestros hermanos hasta que son apenas trazo que se sumerge en la tierra de los hombres blancos. Nos hacemos fuego que ilumina y abriga la ronda. Somos alimento y somos miel hecha bebida mágica. Nos gusta ver los rostros anaranjados del reflejo de las llamas, las arrugas, las muecas, las sonrisas. Lejos se han ido los hombres más fuertes buscando lo que ya tienen aquí. Nunca entenderemos la curiosidad de los hermanos que no se conforman con el todo. Tienen un pozo en el pecho que necesitan llenar, la inquietud los lleva a otros lugares lejanos, a querer hablar otras lenguas, a preguntarse qué habrá allá, y más allá, y más allá. Las que se quedaron alrededor del fuego tampoco entienden y se abrazan en desconcierto. La certeza de los cuerpos y de la comida y de las risas las consuelan.

Elección

Nadel vuelve con el resto de los hombres, después de varios días. A Iyatäé le cuesta reconocerlo, el pecho tapado con una especie de cuero liviano, sin su tocado y con el cabello en una trenza tirante. Pero conserva el olor inconfundible de su piel, el tatuaje que adorna su frente y la mirada brava. Lo recibe con un abrazo apretado.

Los que volvieron traen regalos: unos collares hechos de piedras redondas y blancas, maíz y una hierba seca y partida en hojas pequeñas. La ponen en una vasija y le echan agua caliente, para tomar de a un traguito cada uno, en la ronda grande. Traen diez vacas y cuatro chivos, vasijas que brillan y más cueros livianos para que las mujeres se hagan ropa nueva. Cuentan historias de las casas de tierra dura y de una casa más grande donde vive un solo dios. Y de los padres blancos que hablan en otra lengua extraña y que los invitan a ir todos allá, a quedarse durante el tiempo del frío y de las lluvias.

El cacique Nevedagnac los reúne debajo de las Algarrobas y relata una y otra vez las mismas historias. Los chicos se aburren y se van a jugar al monte. Las discusiones son largas. Aunque nadie grita, las palabras del cacique, las de los ancianos y las de la vieja Iló se turnan para cubrir el tiempo hasta la

caída del sol. Iyatäé también se aburre. Se distrae un rato siguiendo la danza de una pareja de teros que se pierden y se encuentran una y otra vez. Cuando vuelve a prestar atención, la decisión está tomada: los que quieran acompañar a Nevedagnac van a ir, van a quedarse ahí un tiempo y después podrán volver a quedarse o a buscar a los otros. Pueden llevar una sola esposa allá: un solo dios, una sola mujer. Iyatäé escucha su nombre: es Nadel el que lo pronuncia. La elegí a Iyatäé.

Iyatäé siente muchos ojos en ella, y sobre todo le pinchan como dos flechas los ojos de Carimí, la primera mujer de Nadel. Carimí siempre la trató como a una hermana menor, le enseñó a preparar las lanzas y el caballo de Nadel, pero estas palabras de Nadel lo cambian todo.

¿Por qué Nadel la nombró a ella? Tal vez es por el hijo que viene, ella lo va a necesitar cuando el bebé nazca y sean dos bocas para alimentar. Pero también puede ser porque hay una fiebre que se contagian mutuamente apenas se rozan los cuerpos, un cosquilleo de hormiga, un resplandor de tormenta cuando están juntos. Como esos teros que se siguen buscando siempre, midiendo la distancia entre ellos para no perderse de vista.

La elección de Nadel la llena de orgullo pero también la entristece. Van a tener que desarmar la

choza y juntar otra vez la casa para llevarla a la tierra de los padres blancos, lejos de su monte.

Los que se quedan y los que se van a ir están incómodos. Se nota la tensión en el aire. Algunos proponen beber para celebrar, pero mientras circulan las vasijas los ánimos se enervan. El miedo se vuelve provocación, cualquier mirada es leída como insulto. El joven Laño vuelca sin querer un poco de chicha sobre la rodilla del viejo Racoom y con eso alcanza para que los gritos se crucen y en poco tiempo los filos tajeen brazos y piernas con la velocidad de una liebre. El cacique interviene para separarlos. Iyatáé mira la escena con tristeza. No es como las peleas de las noches de fiesta, que se pasan cuando se pasa la borrachera. Algo se rompe esta noche.

Somos nosotros, los que notamos el momento en que la furia de los hermanos está por explotar. Lo sabemos porque las mujeres vienen al monte a esconder las lanzas y las flechas, para que las peleas sean a golpes pero que no lleguen a separar las almas de los cuerpos. Cuando los hombres beben y beben el agua dulce de la miel añeja cualquier cosa puede desatar la ira: una mirada, un trago más largo en la ronda, un recuerdo que vuelve a rasguñar la amistad. Se desconocen, dicen las mujeres, pero pensamos que

se reconocen como lo que son: animales que luchan, que cuidan su territorio, que tienen garras y músculos fuertes para la pelea.

Los que eran uno ahora son unos y otros. Somos entonces perro que alienta con sus ladridos, somos carroñeras que vuelan en círculo esperando que la riña deje frutos, somos piedra que se improvisa como arma cuando ya las verdaderas están escondidas, somos la sangre que riega el suelo, somos luna que trata de apaciguar los calores y las broncas, somos rocío que baña los cuerpos tendidos a la madrugada.

La casa de un solo dios

Llegan caminando en hilera delgada a la tierra de los padres blancos. Esperan la orden del cacique para avanzar.

La línea recta del camino desconcierta a Iyatäé: es un sendero ancho que parece haber sido trazado por una lanza que atravesara la tierra. De un lado y del otro hay algunas tiendas de cuero y otras de barro. Desde la entrada puede verse dónde termina el asentamiento. Algunos nenes salen a recibirlos, corren alrededor de ellos, gritan y saltan. Algunas mujeres vestidas con telas que les cubren el pecho y hasta las rodillas se asoman y apenas los saludan bajan la vista. Tienen su mismo color de piel y de pelo, pero parecen viejas. Iyatäé les busca la mirada, quiere que le cuenten algo, cómo es eso de vivir ahí, qué comen, cuándo cantan, pero ninguna la mira de vuelta.

En el terreno no hay árboles ni pasto, sólo una tierra pelada, en la que los perros dejan huella. Un ñandú corre desorientado entre las gallinas. Pasando las casas unas empalizadas levantadas con troncos delgados separan las vacas, los caballos, el monte. No hay hombres a la vista. El cacique les dice que están todos en la casa del dios. Los va a llevar a conocerla.

Es la casa más grande de todas: el barro se levanta parejo desde el piso y hay dos bloques de madera tapando la puerta. Nevedagnac empuja y las maderas crujen. Iyatäé pasa detrás de Nadel. Ahí están todos los hombres y algunas mujeres jóvenes, sentados en troncos que parecen flotar en el aire, a la altura de las rodillas. Al fondo hay un hombre hablando, un poco en lengua, otro poco con sonidos que no logra entender. Tiene la piel muy pálida, como de enfermo, y pelos en la parte baja de la cara. Parece un mono a medio camino de ser hombre, piensa, y se ríe. Su risa rebota en las paredes de adobe y el techo de madera. Todos los ojos se vuelven a mirarla. Hay una tristeza seria en los que están sentados. El hombre con pelo en la cara abre sus brazos y les da la bienvenida en moqoit: lo yaxanec Roviraxagui. El cacique lo presenta: es el Paterlec, Paucke, el padre Florián. Todos los modos de nombrarlo no alcanzan para entender el misterio. ¿Qué poderes tendrá, piensa Iyatäé, que con su sola palabra generó tanto movimiento?

Los recién llegados se sientan en ronda y el padre blanco les pasa uno a uno la calabaza con esa hierba que ya probaron. Yerbamate, yerbamate, repite el padre cada vez que le acerca la vasija a uno de los recién llegados. No tiene el dulzor ni la fuerza de la chicha, pero tiene una amargura como de tierra que la reconforta. También hay algo que la tranquiliza en la voz del Paterlec, y hace un esfuerzo por no reírse otra

vez cuando los intentos de hablar en lengua le hacen decir cualquier cosa. Se hace entender: entre las palabras, los gestos y la mirada, se hace entender. Pero Iyatäé no le encuentra mucho sentido a lo que el padre dice: un solo dios, explica, que está en el cielo y en esa casa grande. Es inmortal pero su hijo murió para salvarnos, dice él, y les muestra una figura tallada en madera de un hombre muy flaco y muy enfermo que cuelga con los brazos extendidos. No parece poderoso ni sabio, no parece que pudiera ayudar a nadie de tan solo y tan triste. El Paterlec les muestra también una figura de mujer, de piel pálida y vestida con telas que parecen imitar el cielo de primavera y las nubes. Tiene collares de piedras redondas y blancas. Les explica que esa es la madre de dios, la madre de Jesús. Vuelve a señalar al hombre en la cruz.

Iyatäé admira los adornos de la mujer de piel blanca y se queda un rato mirando el cuerpo de madera de algarrobo. Para hacer al dios sacrificaron un árbol de los más valorados, lo deben querer mucho. Se le ven las costillas, tiene la cabeza inclinada hacia un costado, los pies malheridos. Se acerca a tocar esos pies atravesados por una espina gigante, le dan ganas de aliviar el dolor de ese hermano que también tiene pelos en la cara, como el Paterlec. Uno de los hombres que estaba sentado en los bancos la toma del brazo: no se puede tocar, le advierte.

Le va a resultar difícil entender las reglas de este nuevo dios.

Somos nosotros la luz pálida de las estrellas primeras y en el fuego del sol y en la escarcha de la luna y en la sangre roja que corre por dentro de los animales y en la sangre verde de las plantas y en la del árbol que estuvo antes y del que descendimos todos y si tenemos forma humana es en nuestros mismos hermanos que también somos nosotros. Somos muchos, tantos que no se nos puede contar ni reunir, ni encerrar entre paredes porque somos también el barro y la madera que nos quisiera contener. Somos fuertes e invencibles. Si se vacían nuestras vísceras por las heridas seremos entonces alimento de la tierra para brotar en una vida nueva. No es una única palabra la que nos evoca, porque fuimos y somos y seremos tantas veces y en tan distintas formas que no hay lengua que alcance para nombrarnos.

Una vasija grande

Nevedagnac ya dispuso dónde van a armar ellos su casa, a un costado del camino principal. La van a hacer con bloques de barro. Otros hermanos que están desde antes los van a ayudar: una vasija grande en la que van a vivir con el hijo que está por llegar. Ahora no son ni el sol ni los pájaros los que marcan el inicio del día sino la voz de alguno de los padres blancos o las campanas que llaman a los hombres para trabajar.

Iyatäé sabe que a veces Nadel se acuerda de Carimí, su primera esposa, la que quedó allá en el monte con los otros hijos. Cuando Nadel piensa en ellos el silencio se cuele entre las paredes y se instala entre los dos. Pero no hay mucho tiempo para pensar. Cada mañana él tiene que salir temprano a llevar a los animales de un corral a otro, o a partir árboles para hacer más asientos o herramientas. Iyatäé también piensa en Carimí, en que le gustaría ser ella la que quedó allá. Todo es tan quieto acá en la reducción, tan serio.

A veces algunas jóvenes que viven cerca la invitan a ir a la casa del dios, a la misa de mujeres, pero ella no quiere. Siempre encuentra alguna tarea más importante: un cuenco que necesita ahumado, una lanza que se astilló, la comida que demora en

hacerse. A lo sumo llega hasta las enormes puertas de madera y se para en el umbral. Desde ahí espía, y sobre todo escucha. Los padres blancos trajeron con ellos unas cajas de madera muy hermosas, atravesadas con hilos que parecen crines de caballo. Apoyan la caja entre el hombro y el mentón y rozan con una flecha los hilos. Iyatäé vio aparecer de esos movimientos unos sonidos profundamente hermosos y tristes, como los berridos de los hijos recién nacidos. Cuando escucha esos llantos no puede evitar sentir el ardor en los ojos.

Mira crecer su vientre, orgullosa. El ombligo ya se asoma en la piel tirante. Hay que seguir esperando las lunas. Esta vez su cuerpo va a poder retener al hijo hasta que sea lo suficientemente fuerte.

Somos nosotros asomados en grillos a la noche para que nuestro canto arrulle el sueño de nuestros hermanos que ahora duermen separados. Los que quedaron aquí evocan al dormir a los que se fueron, a los que dejaron rastros de olores y pisadas que se van borrando a medida que los vientos pasan.

Mantenemos el ritmo eterno del baile de la luna, su esconderse detrás del velo negro y su exhibirse impúdico y redondo. La certeza de su ciclo marca los tiempos de los vientres, de los que se vacían en

sangre y de los que se vuelven lecho para las nuevas vidas.

Los días y las tareas

Sigue acurrucada entre las pieles cuando Nadel se va con los otros hombres a peinar la tierra. Van a trazar surcos con unas horquillas gigantes y van a echar semillas, una detrás de la otra. Después de muchos días y muchas noches las plantas que eligieron van a crecer en ese lugar. Dejaron en el monte frutos maduros, espigas cargadas, hierbas que curan casi todos los males. Iyatäé no entiende la tozudez de los hombres blancos en pretender mandar sobre la tierra y el agua.

En un rato las mujeres que llegaron antes que ellos, con el cacique Aletín, van a venir a buscarla, como todos los días. Le están enseñando a hilar, a fabricar ropas livianas y de colores. Es bastante divertido armar ronda entre las maderas y los hilos, cantar mientras la trama se va armando y otras mujeres sumergen las telas en agua con tintas. Es divertido hasta que las piernas se le entumecen de estar sentada y entonces se levanta y se va a caminar por ahí.

No le dicen nada porque está preñada. Aprovecha a recorrer los caminos anchos, los corrales con las vacas amontonadas, los rincones donde las gallinas dejan sus huevos para que otras mujeres los busquen, la casa de los padres blancos en la que

hacen fila los caciques para recibir su ración de yerbamate y las tareas del día.

Camina hasta el borde del caserío y mira para allá, para el monte, donde quedaron algunos de sus hermanos y hermanas y donde la espera su Covinig. Respira hondo para que llegue hasta ella el aroma dulce de las flores y el perfume ácido de los zorrinos, el olor de los camalotes y la fetidez de las tripas de pescado en la orilla. Se queda un rato con los ojos cerrados, hasta que escucha los pasos de una de las mujeres que la vino a buscar, a lo mejor preocupada porque casi está por parir. O desconfiada, porque a Iyatáé se le nota demasiado cómo extraña lo que antes fue.

Somos nosotros la tierra que se ahueca en pozo, esperando. Somos el grito de dolor de la madre que puja. Somos cordón que une a la mujer y al hijo y somos piedra filosa que los separa. Las mujeres viejas se agolpan para recibir la cría que berrea. Somos el olor a sangre y a vida y a leche dulce. Por un momento volvemos a ser todos lo mismo: sangre, tierra, huesos, piel, agua, llanto, piedra, risas.

La nueva vida

Nadel entra en la casa y se echa en un rincón, con cuatro o cinco cueros de vaca que le cubren el cuerpo y la cabeza. Cierra los ojos mientras escucha el llanto débil del niño. Dormita un rato, hasta que le llevan un cuenco con carne cocida y un poco de agua fresca. Así va a estar, durante seis días y seis noches, o hasta que el resto del cordón se seque y caiga al suelo.

Iyatäé escucha movimientos extraños. Es el Paterlec que entró a conocer al recién nacido. Pregunta por Nadel y aunque ella no lo señala, él adivina algo en sus gestos, se acerca hasta el rincón y levanta los cueros. ¿Qué hacés acá echado? Parí, le responde Nadel. El Paterlec se ríe y le dice que se levante. Nadel se enoja por la burla. Le explica con furia lo que es costumbre entre su gente. Tengo que descansar, le dice al Padre, tengo que recuperarme de esta vida nueva que traje al mundo. Tiene que reponer la energía que puse para que el hijo puje, para que se abra camino entre los huesos y los tejidos de la madre, para que el aire entre en su cuerpo y salga hecho llanto. No se va a levantar hasta que la fuerza vuelva a sus piernas y sus brazos. No se va a sumar a las tareas de la siembra hasta que no esté repuesto.

Iyatäé termina de lavar los trastos que usó para darle de comer a Nadel. Siente cómo se mueven sus tripas para acomodarse y un dolor de huesos que ya sufrió antes. Se sienta para darle de mamar a su bebé. Sus tetas están hinchadas y de sus pezones oscuros sale la leche apenas acerca su boquita al pecho.

Reconoce en el rostro de su hijo la dulzura y la fuerza con la que soñó tanto tiempo. Este bebé llegó para enlazarla de nuevo a los días y a las noches. Le susurra al oído su nombre: Dayami. Se apura a ponerles nombre a sus hijos para tener cómo llamarlos si se van muy pronto.

El Paterlec se inclina para besar la frente del niño. Nadel, que aprendió un poco la lengua de ellos, se incorpora apenas y le explica que ella le dio a su hijo el nombre del fruto de la tuna, que hay que tomar con cuidado por las espinas que lo rodean pero que es dulce y jugoso.

Somos nosotros los que cuidamos. Algunos hijos nuestros tienen que romper con sus picos los huevos en los que han crecido para salir al mundo, o nadar con la corriente detrás de su madre para que su vida dure más que un instante. Ya nacen sabiendo. Los cachorros de nuestros hermanos humanos son tan débiles cuando salen del cuerpo de sus madres que ni

se sostienen sobre sus piernas hasta muchas lunas más tarde y parecen haberlo olvidado todo. Si no les abren la boca y les acercan el pecho ni siquiera comerían. En el empeño de proteger a sus crías nuestras hermanas casi siempre logran enseñarles. Nosotros tratamos de evitarles los peligros y muchas veces hemos resistido la tentación de hincar nuestros dientes en carne tan tierna hasta que puedan aprender a correr.

El maestro de música

Que deje más firme el mentón. Y que se pare bien derecha. Con la palma de la mano apoyada en su espalda, Joaquín imita los movimientos y el tono de voz del Paterlec, el monje jesuita que los llevó a todos hasta esta reducción y que le enseñó a tocar el violín. Que no mire al piso sino por encima de sus dedos. A la siesta, debajo de los sauces y lejos de las casas, Joaquín celebra los progresos de Iyatäé. Los primeros sonidos de las cuerdas suenan con la misma alegría que sus miradas. Los dos saborean el secreto de estas lecciones de música. Las mujeres no tienen permitido otro oficio que no sea la cosecha o la costura. Cuando Iyatäé les pidió a los hijos de sus amigas que alguno le enseñara la música, Joaquín fue el único que aceptó enseña. Ella sabe que el secreto le pesa a Joaquín como una media res cargada al hombro: él está bautizado, y le enseñaron la culpa del pecado. Aunque Iyatäé escuchó muchas veces estas explicaciones de parte de Joaquín, de las mujeres que le enseñan a hilar y hasta del mismo Paterlec, no logra entender por qué hay que sentirse mal aunque uno no lastime a nadie, ni animal ni planta ni hombre ni mujer.

Por qué está bien decir palabras en voz tan baja que nadie las escuche, y por qué está mal que una mujer pueda hacer música que suene por el aire.

Joaquín le contó que no recuerda su nombre de antes. Hace ya mucho tiempo que está acá. Recibió su nombre en una ceremonia muy grande y ruidosa, en la que le dieron bautismo a casi todas las familias del cacique Aletín. Ella todavía no pasó por la ceremonia, así que conserva su nombre de constelación y no tiene los miedos que a él a veces le nublan la vista.

Joaquín le dice que tiene miedo de que la muerte los lleve a los que aún no fueron bautizados y que no pueda verlos más. Tiene su violín siempre colgado a la espalda y cuando algunos se sientan al sol él se pone a tocar. La música es casi tan hermosa como el canto de los pájaros, pero esa magia de que sean sus manos apretando la caja de madera y sus brazos tensos los que generen los sonidos conmueven a Iyatáé más que cualquier trino. Algunos de los amigos de Joaquín lo escuchan atentos pero disimulan bajando la vista al suelo para aplastar alguna hormiga o elegir piedras para tirar al agua. Él trata de explicarles lo que el Paterlec le dice del dios que es uno pero son tres, y de la eternidad celestial

que los espera y que es un tiempo que nunca termina. Pero se le mezclan las palabras y a veces algunos pierden la paciencia. Echados al sol, recién salidos del río, son todos tan iguales en la piel brillante y la risa que a Iyatäé le cuesta distinguir qué almas serán salvadas y cuáles no.

Después de la misa del domingo el Paterlec anunció que los que participan en la orquesta lo van a tener que acompañar a un viaje, muchas leguas hacia el sur, para mostrar su música en un pueblo grande, que se llama Buenos Aires. Joaquín le lleva la novedad a Iyatäé, que sigue inventando tareas para no ir a la misa. Él nunca salió más allá del poblado o el monte cercano. Nunca se subió a esas carretas en las que ve llegar gente y mercadería. Tienen que estar contentos, les dijo el Padre, pero Joaquín no parece alegrarse de dejar su casa y su familia y su tierra por varios días y varias noches. El día de la partida visten a todos los jóvenes con ropa de lienzo y los hacen calzar unas sandalias de cuero incómodas. Iyatäé es una de los que van a despedirlos. Joaquín le dice, en voz muy baja, que le hubiera gustado que ella pudiera acompañarlos, que ya le salen melodías hermosas del violín, pero para eso debería descubrir su desobediencia. Cuando vuelva, en confesión, le va a contar al Padre de su pecado de enseñarle música y le va a pedir que ella pueda sumarse a la orquesta. Iyatäé no dice nada, pero sabe que eso no va a pasar. Salen cargados de regalos, instrumentos y comida

para el viaje. Joaquín es casi un niño todavía, apenas más alto que ella, y se va con los ojos de Iyatäé cuidándole las espaldas.

Somos nosotros los que escuchamos cuando algunos de nuestros hermanos vienen a pedirnos protección. Sus hijos van a atravesar el monte con los padres blancos y temen por ellos. Aunque aprendieron a nombrar al dios de los blancos no olvidan que ellos y nosotros somos uno y nos ofrendan chicha que vierten en la tierra sedienta.

Abriremos para sus hijos un nayic, un sendero seguro, para que puedan atravesar el monte sin que ni una serpiente les muerda los tobillos. Adormecemos a los tigres hambrientos y a los jabalíes de colmillos enormes para que no desgarran la carne tierna de los jóvenes hermanos.

Somos guardianes de sus vidas y ordenamos a las estrellas en constelaciones que los guían por las noches de luna clara.

Amansamos el río para que sus caballos puedan cruzarlo sin que un remolino se lleve sus cuerpos al lecho barroso. Vemos el miedo en la mirada de los jóvenes que han crecido lejos nuestro, pero en su piel

oscura y en su respiración agitada y en sus piernas
fibrosas aún nos reconocemos.

El gran pueblo

Pasaron varios ciclos de la luna, hubo cosecha de maíz y las vacas parieron terneros que se quedaron junto a sus madres en los corrales. Los jóvenes músicos vuelven de su viaje. Joaquín cuenta sus aventuras en la ronda de los que han ido a recibirlo. Habla moviendo los brazos, imita con el cuerpo todo lo que pasó allá. A Iyatäé le cuesta entender tanta diferencia. Él dice que Buenos Aires es más grande que muchas veces este pueblo. Los ojos no le alcanzaban para ver dónde terminaban las casas de un lado, y dónde terminaba el río del otro. El Paterlec los dejó detener la marcha para ver el puerto. Ninguno de ellos podía hablar ante esa tanta agua que no tiene otra orilla que la contenga. Los barcos también son los más grandes que han visto. Cuenta que hay hombres de piel oscura y dientes blanquísimos. Tanta gente, agua, casas y barcos lo marearon un poco. Y tantos olores. Y tanto ruido. Iyatäé trata de imaginarse todo eso y también se siente mareada, apoya su mano sobre el hombro de una de las mujeres de la ronda para no caer.

La casa donde los alojaron tenía paredes mucho más anchas que la de la casa de dios de acá. Joaquín y sus compañeros se juntaban como rebaño detrás del Paterlec, que parecía moverse cómodo entre esos hombres serios. Caminaban pisando sus talones, se

empujaban para pasar primero. Dice que algunos hombres se reían de ese andar todos amontonados, de la desconfianza por las comidas servidas en cuencos chatos y del vino que siempre rechazaban porque el padre los miraba severos antes de que pudieran mojar los labios.

Joaquín cuenta que la primera noche les mostraron un lugar húmedo y frío en el que se tenían que acomodar para dormir, lejos del Padre. Pero cuando se quedaron solos, de a uno fueron saliendo por una puerta estrecha y tantearon entre corredores oscuros hasta encontrar un lugar a cielo abierto. Se tendieron unos cerca de los otros, las espaldas apoyadas en las piedras lisas, mirando las estrellas. Por suerte seguían ahí brillando, dándoles la certeza de que todavía estaban en el mismo mundo del que habían salido varias noches atrás. Y así fue: todas las noches que los jóvenes estaban lejos de los que quedaron acá miraban las estrellas pidiendo protección.

Cuando Joaquín habla se le nota el miedo en los ojos, en la boca seca, imita el andar tanteando los muros. El único momento en el que no transmite miedo es cuando cuenta que todos los días a la nohcecita cada uno tomaba su instrumento y el Paterlec daba la orden de hacer música. Entonces cerraba los ojos y sentía que estaba acá, bajo los sauces, cerca de ellos. Al contarlo también cierra los

ojos e imita el movimiento del brazo, inclina el mentón, y hasta Iyatáé cree escuchar la música de la orquesta.

Una vez que terminaban los conciertos el Paterlec les repartía regalos. Joaquín muestra sus tesoros y los hace circular por la ronda que lo escucha: una tela roja y brillante, una cuchilla corta, unos zapatos que no entran en los pies de ninguno de los hombres pero que ellos igual acarician y huelen.

En medio del viaje de regreso el Paterlec se quiso detener en una estancia a descansar. Dice Joaquín que por fin esa casa, blanca y aislada en el medio de la pampa, les dio una tranquilidad que no sintieron en Buenos Aires. Los recibieron unos hombres delgados, con túnicas marrones, que el Paterlec abrazaba con cariño.

A la mañana aparecieron unos hombres arriando a los gritos el ganado y los caballos a los corrales. Entre los potrillos obedientes dos o tres caballos salvajes corcoveaban azotando los postes. Uno de los hombres trepó la cerca y llegó en pocos saltos al lado de uno de los cimarrones. Con un movimiento rápido de cuchillo le abrió la panza, y después al otro, y al otro. Joaquín les cuenta, con los ojos encendidos en lágrimas, que los vio correr con las tripas colgando. Cuando los cascotes se enredaban en el triperío los caballos caían en un charco de bosta y sangre.

Nunca habían visto ellos matar así porque sí. El padre les explicó que los matan porque creen que no los pueden domesticar. El día de su partida pidieron que les dejaran llevarse con ellos a los potros salvajes que aún quedaban mezclados en el corral. Iyatäé piensa que sus hermanos sí que saben de amansar caballos: los arriaron, montados a pelo, en caravana, y cuando llegaron de nuevo al pueblo ya no se distinguían unos de los otros. Joaquín señala la tropilla que se amontona en los corrales.

De todo lo que les contó, Iyatäé no puede sacarse de los ojos la imagen de esos potrillos corriendo hasta vaciarse.

Somos nosotros, a quienes vieron los niños en los cielos del pueblo grande por las noches. Y nos lloraron en los caballos que quedaron tendidos en los campos. Cumplimos con lo prometido a nuestros hermanos y sus hijos vuelven por el nayic que abrimos para su regreso. En la víspera de la llegada nos hacemos torbellino de tierra para que los jóvenes sientan nuestra protección. Corren con los brazos abiertos y los ojos cerrados, en la certeza de que vuelven con los suyos, nos atraviesan entre la espesura del monte, a pesar de que los padres blancos los quieren llevar por el camino manso. El

remolino de polvo los atrae otra vez entre los arbustos espinosos, entre los animales que les dejan el paso, entre los pájaros que cantan.

Los vemos entrar al pueblo con las espaldas polvorientas y las manos en alto. Así como regresan sus hijos al pueblo, algún día todos ellos regresarán a nosotros.

Bautismo

Desde que el Paterlec le dio un cayado por ser buen cristiano, Nevedagnac se pasea por todo el pueblo orgulloso, marcando la tierra fina con la vara de madera, y no pierde ocasión de hablar de la palabra de dios y de lo que se arrepiente de su vida de antes que era más de animal que de hombre. Iyatäé lo mira de lejos con los labios apretados. No puede entrar en desobediencia con el cacique ni contradecirlo, pero qué daría ella por volver al tiempo de antes, antes del monte todavía, antes del fuego que lo comió todo y en el que los hombres y las mujeres y los animales podían intercambiar de forma. Se convertiría entonces en un pájaro para poder volar, primero por arriba de los techos y después ondeando entre las nubes, volar lejos. Se siente extraña acá, siente que de tanta quietud podrían brotarle raíces en los pies y quedar para siempre atada en esta tierra que la intranquiliza.

Nevedagnac ya habló con Nadel de los planes para él y su familia. Quiere que en la próxima ceremonia les vuelquen agua sobre la cabeza a los tres. La pareja ha dado muestras de una conducta obediente y trabajan bien y no hay nada que les impida recibir el agua. Y cuantos más bautizados

tiene el cacique, mejores los premios y los tratos que recibe de los padres blancos.

El día de la misa la mujer del cacique les lleva agua limpia y ropa nueva: unos lienzos blanquísimos para cubrirse las desnudeces. Iyatäé se pone los collares más bonitos. La mujer mueve la cabeza de un lado a otro: sin adornos, le dice, y con un gesto indica que también los dibujos de la piel tienen que quedar cubiertos con el lienzo. Que le dé ahora teta a Dayami, le dice, así está quietito en la ceremonia. Hay tanto silencio al caminar hasta la casa de los padres que parece más que van a despedir un muerto que a recibir el beso de un dios.

No son los únicos que van: algunos viejos a los que convencieron de que es mejor hacerlo antes de que los lleve la muerte y otro par de familias jóvenes también esperan vestidos de blanco ante las puertas cerradas.

Aunque no hay gritos ni palos, Iyatäé siente que la empujan con violencia hasta ese lugar, como si de a golpes en el pecho y en la espalda la obligaran a permanecer de pie, quieta, en vez de salir corriendo como quisiera. No quiere renunciar a sus dioses ni a su nombre, no quiere dejar de curarse los males con las viejas ni quiere irse a ese cielo sin montes ni animales que les prometen los padres blancos como si fuera lo mejor que podría pasarle.

Lo único que la conmueve es que el Padre dispuso que la orquesta toque música para los que van a recibir el agua y el nombre. Joaquín está delante de todos, haciendo sonar su violín tan dulcemente que ella tiene que hacer fuerza para no llorar.

Después de escuchar la misa y de repetir oraciones en la lengua de los blancos hacen una fila que avanza. Cada uno imita los gestos del que va adelante: agachar la cabeza, flexionar la rodilla cuando se acercan al hombre en la cruz, esperar los movimientos lentos del Padre y el agua que se derrama en las cabezas. Nadel lleva en brazos al pequeño Dayami, que está tranquilo hasta que el agua lo saca de su modorra y lloriquea. Iyatáé le hace upa y lo consuela. El agua cae en un cuenco grande porque no es agua cualquiera, les explicó el padre. Es agua bendita, y por eso cuando los moja deberían sentir un cambio. Ella siente la frescura en la frente y el ardor de la bronca en el pecho.

Dolores, dicen que se llama ahora. Un nombre de sufrimiento, que no se parece en nada al que la identifica desde que nació: Iyatáé es la estrella central de las tres viejas, la que indica el comienzo del verano y el tiempo de los nuevos verdes. Todas las noches su madre señalaba el cielo y le mostraba, como si fuera el reflejo en el agua, la luz lejana de su par celeste. Todavía la busca, cada noche, para saberse protegida.

El Paterlec ha elegido nombres distintos para muchas otras cosas: a sus estrellas les dice Las Tres Marías, a Nadel le dice Manuel y a su hijo, José. José es un nombre muy importante, es el nombre del padre de Jesús, les explica, señalando al que está en la cruz. ¿Y dónde está el dulzor de los frutos en ese nombre? ¿Dónde la música, dónde la boca que se abre en sonrisa cuando se pronuncia? Nunca va a llamar así a su hijo, se promete Iyatäé, que espera la noche para volver a encontrar su nombre en el cielo.

Peste

Nadel entra en la casa con ojos enormes de miedo. Un miedo que hace rato que Iyatäé no le ve. La peste llegó al caserío. El cacique dice que vino en un barco. Le dijeron que ni el dios puede proteger de la viruela. Que en otros pueblos los cuerpos se agolpan fuera del muro que rodea el caserío. Nadel abraza a Iyatäé y al bebé y apoya sus labios contra la frente del hijo para ver si hay fiebres. No hay. Está sano, va creciendo día a día y el pellejo se le rellena con la leche de la madre.

Si los tiempos fueran los de antes habrían dejado a los enfermos con una vasija de agua y comida para que sanen o para que mueran, pero lejos, bajo la sombra de un árbol. Así fue siempre y por eso las pestes nunca pudieron llevarse a todos juntos.

Pero ahora el Paterlec dice que tienen que quedarse en la reducción y organiza grupos para atender a los enfermos. Salen todos a la plaza para escuchar las órdenes. Cuando nombra a los que deberían repartir la comida y los brebajes, Nadel no se mueve. ¡Manuel, Manuel!, le insiste el Paterlec. Es a él a quien llama. Todavía no responde al nombre cristiano. Iyatäé tampoco, ni quiere hacerlo.

Nadel se acerca hasta donde algunos hombres cargan ollas con un sancocho de cebada y lentejas que dicen que es bueno para alimentar el cuerpo. Otros jóvenes van tocando violines y flautas, para alimentar el alma. Ante cada casa se paran en la puerta y preguntan si hay enfermos. Si dicen que sí, el Paterlec entra primero. Detrás, alguno de los hombres con la olla y la cuchara, para repartir la sopa espesa. Los que se contagiaron la peste los miran con ojos ardidos en fiebre, las pústulas reventando de pus, y algunos vomitan apenas les acercan los cuencos con sopa, nada más de oler de algo comestible. Así, día tras días. Nadel le cuenta, al volver tarde a la noche, que cuando le toca su turno intenta contener la respiración, pero el olor a sudor y orines se mete igual por su nariz.

No entienden por qué la familia se queda al lado del enfermo. Están ahí amontonados, compartiendo el mismo aire de muerte, esperando. El Paterlec dice que esperan el milagro de la sanación. Iyatäé piensa que esperan que la enfermedad los envuelva y se los lleve, uno a uno, con resignación.

Cuando la muerte se cobra el último aliento de un cuerpo, Nadel y sus compañeros lo acarrearán tomado de manos y pies, la cabeza colgando, hasta la puerta de la casa del dios. Las pústulas les cubren la cara y el torso. Hoy cuando volvió le contó que pudo reconocer a uno de los jóvenes músicos y que alcanzó a susurrar su nombre cuando lo apoyaba en el suelo. Joaquín, le dice. Iyatäé llora desconsolada, con un dolor que sube desde las yemas de sus dedos. Lloro por todos, le miente. Nunca más va a haber música para ella.

Somos nosotros los que a veces nos colamos entre las maderas que separan las casas del monte. Nos metemos hechos mosquitos, lagartijas, serpientes que zigzaguean en la tierra seca. Entramos a las casas y ladramos y mugimos y zumbamos y picoteamos.

Somos ahora ampollas de pus y fiebre, palabras de lenguas viejas dichas en el delirio, sudor entre las mantas y llanto de los padres, los hermanos y los hijos que no entienden y besan a los enfermos y se llevan en sus labios la propia enfermedad.

Somos también palabra y saliva que sana, hierbas machacadas que alivian el ardor, chicha que ayuda a olvidar dolores y tristezas. Pero los padres

blancos no nos quieren sanadores: creen que solo sus magias pueden curar a nuestros hermanos.

Protección

Iyatäé vuelve del río con la ropa lavada. Deja el canasto apoyado en la tierra seca y camina hasta el límite de la reducción. Entre los troncos alineados que hacen de muro quedan espacios que le permiten mirar más allá, hacia el monte. Cuando vuelve los ojos hacia el caserío ve la procesión de hombres cuidadores de enfermos, que marchan mansos detrás del padre blanco. Nadel está entre ellos.

Un fuego le sube desde la panza, por la garganta, y explota en un grito. No quiere esperar paciente a que la muerte le esquive. Ya se llevó a Joaquín y a otras mujeres cercanas, con las que tejía y cocinaba. Necesita proteger a su hijo. Piensa en cargar al bebé y marcharse. El espíritu de Caalac, su padre, los cuidaría allá afuera. Todavía recuerda el aromito con su rama torcida que casi toca el suelo. Allí, debajo de esa rama quedó su pichona. Se fue muy niña y muy débil, cuando recién había comenzado la larga caminata. Vuelve a recordar ese monte, ese aromito, esa rama. El día que se atreva a cruzar el límite de troncos volverá a dejarle en la manito algunos frutos para que no pase hambre su Covinig, como le prometió.

Una de las ancianas se acerca. Habrá escuchado su grito, habrá adivinado la tensión en sus brazos, la mirada ansiosa de distancia. No le dice nada, apoya su mano áspera en su hombro. Iyatäé sí habla: le pide que le haga un escudo para que la viruela no llegue a su niño ni a ella ni a Nadel.

La anciana se hace la que no la escucha. Iyatäé insiste y le ofrece el collar que lleva puesto como forma de pago. Ella le hace señas de que no hable fuerte. Le dice al oído que nadie puede saber que todavía hace protecciones porque a los padres blancos no les gusta. Ya va a ir a su casa, le susurra, mientras se cuelga el collar de piedras negras y muestra sus pocos dientes en una sonrisa pícara. Iyatäé le hace caso, recoge el canasto de ropa y vuelve para su casa. Dayami duerme aún en la quietud de la mañana. Respira profundo, tratando de calmar la rabia y la angustia. Espera. Iyatäé sirve un vasito de chicha y prepara una carne bien cocida, para que a su invitada no le dé trabajo masticar. La vieja por fin pasa el umbral. La curva de su espalda se hace más profunda cuando se acucilla. Come con apuro la carne que le ofrece Iyatäé. Una vez que tiene la panza llena saca de una bolsita de tela un atadito de hierbas. El olor de los yuyos que la anciana macera entre los dedos le trae a Iyatäé recuerdos de otras curas, de su madre untándole el pecho con un empaste verde.

Dayami berrea cuando lo desvisten entre las dos y le dejan el cuerpo lustroso y aromado de hierbas. Iyatääé llora de alivio. La anciana junta sus lágrimas en una vasija de barro diminuta que guarda entre sus ropas. Probablemente ese llanto va a ser ingrediente para una poción.

Cuando a la noche vuelve Nadel ella le busca los ojos y la boca pero él la esquiva. El rechazo le da bronca y vergüenza. Él le dice que es la peste, que tanta muerte le revolvió las tripas y le llevó lejos el deseo. Iyatääé se echa entre los cueros con su hijo y se duerme entre los vahos mentolados de la piel del bebé.

Somos nosotros esperando que alguna vez nuestros hermanos vuelvan a cuando todos éramos uno. Agazapados entre las ramas, somos follaje y canto de ave y silencio de amanecer para que nos extrañen.

Cuando se atreven a desafiar la prohibición somos hierbas que acarician y protegen, somos olores frescos del alivio. Y a veces somos rabia que brota de las tripas y se hace alarido y patada y golpe. Desconocemos la mansedumbre de la marcha de nuestros hermanos, los músculos quietos, la mirada

lechosa del que espera la muerte. Pero seguimos esperando su regreso.

Fiesta

Nadel le contó cada noche a Iyatäé qué hacían con los que no podían sobrevivir a la peste. Los muertos no pudieron tener cada uno su entierro. Se morían tan pronto y en tanta cantidad que sólo hubo tiempo de hacer un pozo grande y echarlos uno sobre otro. Los apilaron detrás de la casa del dios. Los llantos fueron urgentes y escasos: los padres blancos no querían que la peste que se salía de los cadáveres se les metiera a los vivos. En el amontonamiento se podían ver las piernas de un bebé sobre la cabeza de un viejo. No es así como les gusta despedir a sus difuntos. No en esta exposición de cuerpos hinchados y ojos entreabiertos que espantan. Ya nadie sabe por quién llora. O sí lo saben, pero en el llanto se confunden los rostros de varios que hoy ya no están.

Pasada la peste, los hombres vuelven a trabajar los cultivos y a cuidar a los animales encerrados, las mujeres vuelven a tejer y hacer vasijas y los jóvenes a aprender de memoria las canciones y los rezos.

Hay que festejar, dicen algunas mujeres en la ronda mientras lavan la ropa. Hay que celebrar que la peste no nos llevó a todos, dicen. Hay que olvidar; dicen otras que perdieron un hijo o un hermano o un marido. Iyatäé las escucha mientras abraza a Dayami.

Hay una manera de festejar y olvidar: la chicha dulce que saca la pena y borra la memoria.

Ella sabe hacer esa bebida con la semilla de la algarroba y también sabe hacer la bebida de miel. Antes del alba va al monte. Camina por los senderitos que le dejan paso y recorre ansiosa mirando las copas de los árboles. Vuelve con un cuero lleno de panales y chauchas secas de la algarroba. Esa cosecha y la bebida que van a hacer están prohibidas en la reducción. Iyatáé reparte entre las mujeres que esconden la recolección entre canastos y telas. La travesura se les escapa por la comisura de los labios. Van a ser varios días de volcar los líquidos en los recipientes de barro, de dejar macerar las frutas y la miel, de guardar el botín en el fondo de las casas, lejos de la mirada del Padre Florián.

En la próxima luna llena, se susurra en todos los rincones. Cuidan el secreto tanto como la bebida que se va haciendo más dulce y más fuerte en la sombra. Cuando la luna está casi por explotar las mujeres llevan las lanzas y los machetes lejos de las casas y las entierran, para que cuando se nuble el entendimiento de sus hombres no haya armas para lamentar heridas graves ni muertes.

La noche que esperan llega fresca y limpia. Un silbido es la señal para que salgan de las casas, agazapados, y se reúnan en el rincón del poblado más alejado de la casa del dios. Se enciende el fuego y

circulan los cántaros. Algunos jóvenes traen los tambores. Otros, los violines que aprendieron a tocar acá.

Iyatáé llega cargando en una tela atada a su espalda al pequeño Dayami, que duerme al ritmo acelerado del corazón de su madre. Se sientan con Nadel alrededor de la fogata a beber y cantar sin pedir permiso. Las sonrisas se convierten en carcajadas. La piel lustrosa de los suyos iluminados por la luna es lo más hermoso que vio.

Pasan las horas y uno de los caciques dice que ya es tiempo de volver. Nadie parece escucharlo, ni siquiera Nadel, que la mira y le sonrío mientras toma el licor que ella misma preparó. En las brasas echaron un par de terneros de los corrales. El olor de la carne los mantiene cerca de la ronda. Así como era antes: comer hasta que no haya más carne en los huesos, tomar hasta que la última tinaja se vacíe. Sentir otra vez el calor de los cuerpos amontonados: una fiebre, pero no de pestes sino de deseo. Lo que antes fueron murmullos son ahora gritos: cantos, peleas, elogios, todo se dice en voz alta.

Lleva al hijo dormido a una tienda donde varios bebés y niños ya están acomodados entre los cueros. Es la hora de los adultos. La chicha les quitó el miedo a los padres blancos y sus sermones serios. Vuelve a la ronda y abraza a su hombre, que se ríe mostrando los dientes blancos y estirando los ojos. La agarra de

las caderas y la sienta sobre él como si nunca hubiera dejado de desearla, como antes de la enfermedad y del pecado. Iyatäé pasa su lengua por el cuello salado de Nadel. Saben que sus caricias contagian la calentura como la peste contagiaba la fiebre y las ampollas. Varios cuerpos a su alrededor se funden en abrazos y son vergas firmes y pezones oscuros y bocas que se buscan y trenzas que se convierten en cinchas y culos brillantes de sudor y saliva. Los cuerpos se montan y se gozan. Algunos rasguñan y muerden, después lamen la sangre del otro y retoman los besos. Se escuchan los golpes de cuerpos contra cuerpos cada vez más veloces, se escuchan gemidos y gritos mientras los tambores siguen marcando el ritmo enloquecido de la fiesta. Cuando la energía se extingue se recuestan unos contra otros, amontonados por el agotamiento de estar vivos.

Somos nosotros, a quienes volvieron una noche. Los trajo el alcohol y el deseo. Fuimos devorados a dentelladas cuando el fuego ahumó nuestra carne de ternero, entramos a sus tripas como chicha y salimos en saliva, sudor y semen. Volvió desde la memoria el tiempo de los cuerpos desnudos y los músculos tensos para la guerra y el sexo. Extendimos la noche en oscuridad cómplice, demoramos el sol para no

tener que irnos tan pronto de ellos, nuestros amados hermanos.

Simulación

Iyatäé no tiene ganas de levantarse esta mañana. No quiere ensillar el caballo de Nadel, que es uno de los designados para la caza. Siente envidia de que él pueda salir del caserío, el viento pegándole en la cara, las flechas acomodadas en un atado detrás de la espalda. Y ella acá, tan adentro, como si no sintiera los gritos de los loros llamándola, los tigres agazapados entre el follaje que la buscan, los sauces susurrando su nombre.

Deja los ojos cerrados, ignora el berrido del bebé que quiere teta, que gatea y busca entre su ropa para encontrar los pechos dulces. Disimula la respiración todo lo que puede. El aire entra apenas por la nariz, recorre lento su cuerpo y vuelve a salir sin separarle los labios.

Nadel se acerca, la sacude por los hombros, pero ella no reacciona. Se lo imagina mirándola confundido. Se acerca, la huele. Sale a la puerta y llama a una de las ancianas. Iyatäé escucha los pies de la vieja arrastrarse a su alrededor. Le cuesta mantener los músculos quietos cuando la vieja la sorprende salpicándola con agua, pero logra quedarse petrificada, como el cuero seco de los animales después de que les sacan la carne. Nada. No

quiere nada. Detrás de sus párpados los ojos también están detenidos, mirando un río tranquilo que apenas se agita en olas por el viento leve del sur.

Está llena de recuerdos, podría pasarse días y noches evocando en quietud el tocado de plumas que usó el día que se unió a Nadel, las escamas resbalosas de los peces que atrapaba con sus hermanos, las ramas del espinillo haciéndole cosquillas en la espalda. Por más hermosas que sean las imágenes no deja traslucir ni un asomo de sonrisa. También evoca las noches de lluvia en el frío, el rocío del amanecer que blanqueaba el pasto, los días de hambre antes de cada traslado. Repasa las memorias de la última vez que su madre la llevó a recolectar miel. Evoca las celdas traslúcidas del panal, la danza enloquecida de las abejas espantadas por el palo, los cuencos que se van llenando del néctar dorado. Podría estar recordando uno por uno los días que vivió y así pasaría todo el tiempo echada.

Distingue voces que suenan lejanas, detrás de la pared ancha de barro. Ahora aparece otra voz cerca. La conoce. Es la del Paterlec. Más cortada, más seca, no tiene la cadencia de los suyos aunque esfuerza una dulzura extraña. Siente una mano que la sacude, una cabeza apoyada en su pecho, unos dedos que le separan los párpados.

Es simulación, afirma el padre. Así como llegó se retira. El Paterlec tiene poderes para distinguir la

muerte verdadera de las otras. Iyatäé sabe que volverá con retos y sermones, a decirle que repita como castigo unos versos para el dios de él.

Abre apenas los ojos y ve los pies de Nadel moverse con energía. Él no le dice nada, no parece enojado. Alza al hijo y lo lleva afuera de la casa. Algunas mujeres se van a encargar de cuidarlo mientras él esté de caza, hasta que ella quiera volver de su muerte de mentira.

Somos nosotros senderos que se abren para nuestros hermanos cuando vienen al monte. Agueridos como antes, las espaldas tiesas saltando al ritmo de los caballos, las lanzas emplumadas buscándonos. Vuelve el juego de escondernos y zigzaguear, de ser fauces furiosas y huidas intrépidas. Somos espinas que laceran sus piernas en la carrera. Y cuando una de sus puntas nos atraviesa nos dejamos caer, abiertos en ríos de sangre, serenos. Porque sabemos que cuando nos lleven al caserío y pasemos por el fuego seremos otra vez, en cada bocado, uno solo.

Riña

Iyatäé cavó un pequeño hueco afuera de su casa. Encendió el fuego y apoyó la olla sobre las brasas. Un poco de agua de río, un poco de la sal que el Paterlec les da como pago por los servicios. Como fue Nadel el que cazó el carpincho, le tocó el cuarto trasero, el más codiciado. Le agrega al agua unas hierbas para sacarle el tufo a la carne. En una olla más chica derrite grasa y echa un poco de trigo que trabajó con el mortero. Cocinar la tranquiliza. Revuelve con un palo el contenido de uno y otro recipiente. Aprovecha las brasas para terminar de secar una pequeña vasija que hizo para Dayami. Hoy le va a dar de probar por primera vez algo que no sea su leche.

Un rumor creciente llega como galope. Varias mujeres corren hacia ella.

¡Está acá! ¡Vino a buscarte!

¿Quién la busca? ¿Quién se acuerda de ella todavía? ¿Será alguno de sus hermanos que viene a llevarla de vuelta con su madre?

No son ellos. Es Carimí, la madre de los hijos anteriores de Nadel, que llega arrastrando una quijada de vaca, con la que deja huella en la tierra seca del mediodía. Iyatäé le sonríe a la recién llegada

pero no ve en sus ojos la alegría del encuentro sino una rabia honda, un enojo acumulado de muchos días y muchas noches de caminar macerando la ira como se macera el tabaco en la boca. Iyatäé sabe a lo que viene. Carimí tiene derecho a enojarse con ella, aunque fue Nadel el que la eligió, a la más joven, a la que llevaba el nuevo hijo en el vientre, para traerla lejos a este mundo de los padres blancos en el que no hay más de una mujer por hombre. Una de las mujeres le alcanza a Iyatäé la mandíbula de un pez rey. La rechaza. Estaría en desigualdad. Carimí espera hasta que llega a las manos de su contrincante un arma de similar tamaño. Está enojada pero es justa.

Se apartan un poco del fuego y las viejas y los niños hacen una ronda alrededor de ellas. Saben que si el Padre las ve no las va a dejar dirimir sus problemas a los golpes. Carimí hace girar sobre su cabeza el hueso, que aún conserva varios dientes, y descarga su furia en el hombro de Iyatäé. El dolor la hace gritar, pero enseguida se muerde los labios para callarse. Toma a Carimí de su trenza y la arrastra por el piso. Desde abajo, pateando como un jabalí cuando lo están por enlazar, Carimí le da otro estacazo en la rodilla. Aprovecha su distracción para ponerse de pie, furiosa y altiva, y vuelve a avanzar enceguecida. La ceguera de la ira no es buena para combatir: Iyatäé le asesta con la quijada un golpe certero en el tobillo que tira a Carimí al piso.

Ya parece ser suficiente. Algunas mujeres les traen agua para limpiar los rostros surcados de tierra y lágrimas. Una anciana les cura las heridas con hojas machacadas. Iyatäé, que ahora tiene ganados marido y pelea, se acerca hasta donde está la guerrera caída y le da un golpe más, casi sin fuerza, en el lomo. El ritmo de su respiración de a poco se va tranquilizando, y su cuerpo pierde el calor de la lucha. Fue bueno haber resuelto las cosas así. Las palabras no hubieran alcanzado para los reproches mutuos.

Las ollas siguieron su trabajo y ya se siente el aroma de la carne hervida. Se agachan las dos como si no hubiera luchado con fiereza hace apenas unos instantes. Iyatäé sirve en la vasija unos trozos de carpincho que se llevan a la boca con los dedos magullados. Dayami sale gateando de la oscuridad de la casa y la madre le da un poco de la carne que está masticando. Los tres comen en silencio bajo la mirada atenta de las viejas que vigilan la tregua.

Creciente

Desde las casas se siente el olor del río creciendo. Paraná se mete en las narices con su olor fresco de barro. Iyatäé cierra los ojos y se acuerda de cómo eran las cosas antes de este tiempo quieto. Cuando el río desbordaba, esperaban trepados a los árboles a que los tigres y los leopardos y los carpinchos se vinieran para la orilla porque las islas desaparecían. Y ahí estaban los cazadores, listos con las lanzas para fijarlos a tierra. Daba miedo el rugir de la corriente cuando Nanaikalo se enojaba, porque él manda en las aguas y puede decidir sobre lluvias y desbordes. No se podía despertar ni su ira ni la de los que viven allá abajo en el lecho. Un viejo le contó que pasó con ellos dos días y dos noches que le parecieron muchos más porque alcanzó a tener mujer y un hijo y a beber y a bailar con los hombrecitos de abajo del río antes de volver. Tan lindo lo contó el viejo que ella, que todavía era chica, se tiró al agua para ir a ver cómo eran esas fiestas y su padre tuvo que traerla de los pelos.

Si Nanaikalo se enoja mucho puede hinchar el río hasta que lo tapa todo y entonces cada familia

levanta lo suyo y se mete más adentro en el monte para armar de nuevo el campamento en lo seco.

Iyatäé cree que sería lindo que eso pasara ahora. Que el río borrara la iglesia y los caminos y que el barro de las paredes volviera al lecho del que salió y que todos tuvieran que irse.

Escucha el rugir del agua. Está en los días de sangrado, sería muy fácil para ella provocar a Nanaikalo ahora. Tiene que comer carne o cruzar el rastro de una víbora. Sale de la casa por los caminos que llevan a la costa, que es donde más andan las serpientes. No encuentra ninguna huella clara del zigzag que trazan con sus cuerpos. El río brama, arrastra ramas y camalotes, corre hacia el sur más oscuro que nunca.

Vuelve sobre sus pasos y entra a la casa del cacique. Uno de los hijos más jóvenes está preparando una lanza. Me dijo tu madre que podía buscar un poco de carne, le miente. El muchacho la mira confundido unos instantes, pero ella sabe que siempre hay comida en esta casa. Se queda inmóvil mientras el chico busca algo entre los cueros y le entrega unas costillas con un poco de carne. Aguanta como puede las ganas de entrarle a los mordiscos. Apenas entra a su casa se lleva el botín a la boca: cruda, roja, como la sangre entre sus piernas, así enoja más a Nanaikalo. Come tan rápido que le dan

arcadas, pero traga y se queda quieta para que el vómito no expulse la carne.

Espera paciente a que llegue a los oídos de los seres del río la falta de comer carne cruda en los días del sangrado, que ellos se enojen por su provocación y que el castigo sea una inundación que borre este caserío para siempre.

Somos nosotros fuerza húmeda que trepa las paredes de la barranca y se rebalsa en la costa. Alguien en la tierra firme provocó el enojo de Nanaikalo. Una de las mujeres hizo lo que está prohibido hacer. Somos rumor que llega entre las aguas marrones y se espirala en remolinos. Los cuerpos desnudos de los que viven en el lecho se chocan entre sí y sus movimientos generan olas que pegan contra las orillas. Salimos del cauce por el que bajamos siempre, y ya no hay fuerza que nos contenga. Embestimos a nuestro paso los animales más pequeños, golpeamos los troncos de los árboles y partimos las cercas que guardan el ganado.

Arrastramos con nuestra violencia todo lo seco, todo lo quieto. A nuestro paso desaparece el rastro de los hombres, que huirán para que nuestras lenguas no los alcancen.

De río y de tierra

Iyatäé lleva a Dayami a la costa, para que se entretenga mirando a otros chicos que intentan atrapar un pez. La barranca está débil, el río sigue acumulando fuerza y los pies se hunden en el barro. Desde allí Iyatäé llega a ver el muelle que todavía sigue en pie, hasta donde varios hombres jóvenes acarrearán bolsas con los granos de maíz que alcanzaron a cosechar. No le contó a nadie de su provocación, porque muchos se lamentan de las cabezas de ganado que se perdieron, de las paredes que el agua desarmó, de las plantas que se murieron ahogadas después de esperar tanto tiempo para crecer. Algunos dicen que van a ir a buscar nuevas tierras.

Agarra una de las lanzas y les enseña a los neños a subir bien alto el brazo, a mirar profundo dentro del agua marrón, a distinguir los movimientos de los peces allá abajo antes de bajar la fija. Su hijo los imita con una rama pequeña. Él también va a ser algún día un buen pescador.

Contra el rojo del cielo aparecen tres canoas livianas como hojas, con un hombre en cada punta,

sosteniendo largos remos que bailan entre el agua y el aire. Sus siluetas se recortan en el horizonte. Son hermosas deslizándose sobre la superficie embravecida del río, bailando con las corrientes. Algunos nenes los saludan entusiasmados, pegan saltitos desde la orilla, otros con el agua hasta el ombligo.

La primera de las canoas se separa de las otras y se acerca veloz a lo que queda de barranca. Uno de los tripulantes, sin bajarse ni decir nada, levanta su remo y lo deja caer con todo el peso en la cabeza de uno de los chicos, el que se había quedado más lejos del resto. Iyatäé abre la boca pero el grito no sale. Demora unos segundos eternos en entender lo que pasa. Alza a Dayami, trata de empujar a las criaturas que quedan, que no miren, que no miren atrás.

Ella sí mira para atrás mientras corre. A medida que las canoas se acercan distingue las cicatrices en los cuerpos, los remos filosos, las miradas ardidas. Por fin sale sonido de su garganta: ¡Payaguás! ¡Payaguás!

Las canoas avanzan cada vez con más velocidad. Después de la sorpresa, algunos entienden lo que trata de decirles. Los ojos se agigantan en los rostros y los músculos de los brazos se tensan. El viento húmedo que viene del río eriza la piel de Iyatäé. Sigue corriendo, arrastrando a los nenes que tropiezan,

todavía divertidos, creyendo que todo es parte de un juego.

Llega a donde está el muelle casi al mismo tiempo que las canoas. Uno de los hombres que estaban guardando la cosecha le hace señas para que se refugien detrás de unas bolsas de granos. El aire es una cuerda tensa que vibra antes de soltar su energía. No estamos preparados, se desesperan desde la costa. ¿Dónde quedaron las armas? Uno de los caciques tiene a mano el arco y comienza a lanzar flechas para el lado del río. Algunas puntas rozan las pieles de los invasores, pero todavía no se detienen. De las canoas asoman más cabezas de hombres que van agazapados.

Desde la tierra firme se preparan para la defensa: saben que el agua es el territorio de los payaguás, si se acercan demasiado están en peligro.

El Paterlec va de un lado a otro, moviendo los brazos, tratando de calmar los ánimos. No alcanza a entender lo que pasa, quiere hablar con los navegantes, pero el cacique lo empuja lejos de la orilla. No son palabras sino flechas las que surcan el aire, de uno y otro lado, filosas contra el fondo rojizo del cielo. Algunas puntas se clavan en la tierra, otras en brazos y muslos. El saco de tela tras el que se ocultan Iyatäé y los chicos se perforó en varios lugares y el ruido de los granos cayendo al suelo es un arrullo que los calma. En cuclillas, abarcándolos con

sus brazos, Iyatäé les canta para que no escuchen los gritos y los llantos.

No sabe cuánto tiempo pasa hasta que el ritmo de las flechas empieza a disminuir hasta detenerse. Iyatäé se incorpora para ver deslizarse las canoas de los payaguás río abajo. Esta vez les tocó irse sin nada. Los moqoits son bravos para defender a su gente y a su tierra y no los dejaron acercarse más a la costa.

Vuelve a buscar al niño que quedó tendido. Los huesos de la cabeza están rotos y la sangre se mezcló con el barro. Ya no se mueve. Los ojos apenas abiertos no fijan la mirada en ningún lado. Arrodillada, Iyatäé pasa un brazo por detrás de la espalda y lo incorpora un poco, acomoda sus brazos sobre el pecho, trata de retener el calor de su cuerpo contra el propio. Una mujer corre hasta ella, arrastrando un lamento constante y agudo. Iyatäé reconoce a la madre del chico. Cuando llega hasta ella deja caer las rodillas en el barro y se le une en el llanto, abrazadas las dos al cuerpo inerte del que fue su hijo.

Somos nosotros fuerza inaudita que chispea, somos furia de hermano contra hermano, somos crujir de huesos y bramar de truenos. Los perros hemos comido a dentelladas a la Luna y hemos puesto rojo el cielo y la sangre se derrama en el agua del río y en el barro. Lo que estaba quieto se sacude,

el movimiento se detiene por el miedo, vamos encendiendo fuegos y provocando lágrimas. Somos caricia protectora y filo que lastima

.

El traslado

El Paterlec estuvo hablando con los caciques para convencerlos de que es tiempo de buscar nuevas tierras: el río no parece querer irse pronto, ya llevan muchos días y muchas noches en lo húmedo y los animales y las plantas se cansan de vivir empantanados. Los ancianos insisten en que no es buena época para el traslado. Temporada de lluvia. Pero el Paterlec está apurado por instalarse en las nuevas tierras y celebrar la misa en la casa del dios que van a levantar allá y ordena organizar la marcha. Ya fueron algunos de excursión y dicen que encontraron tierra alta para trasladar el caserío.

Ahora es más difícil que antes cambiar de lugar. Deberán levantar allá nuevas paredes y una nueva casa para el dios de los padres blancos. Acá hay un movimiento extraño, un hormigear de gentes y de objetos que a Iyatäé le divierte: sale temprano en las mañanas para ver cómo se secan al sol las telas, las ollas y los bancos de madera que ya empiezan a juntar hongos de tanta agua que hay en el aire. Nunca habían acumulado tantas cosas: hay más ropa y cuencos y lanzas y semillas de las que necesitan, de

eso está segura. Aún con todo lo que se llevó el río necesitarán muchos caballos para el traslado.

Algunos están levantando la cosecha, lo que quedó del maíz y del trigo a pesar de tanta lluvia y tanto río desbordado. Los turnos de trabajo son más largos y las mujeres y los chicos trajinan con los telares desde temprano las bolsas para guardar los granos. El Paterlec recorre lo que queda del caserío con unas plumas y unos lienzos, y hace trazos. Les dice que está tratando de grabar ahí cómo es todo para cuando ya no estén. Ya lo han visto otras veces, queriendo guardar así lo que ven sus ojos de los pájaros y los árboles y los monos y hasta de los tatuajes que adornan sus cuerpos, aunque él ya nos los deja pintarse nuevos motivos.

Iyatäé siente que ya hizo su trabajo: con su afrenta logró enojar a Nanaikalo. Ahora se merece descansar. Llega con su deambular hasta la puerta de la casa del dios. En la claridad de la mañana se apilan ante la puerta de la iglesia manteles blancos, copas brillantes, botellas que guardan la sangre de Cristo. En unos canastos de boca abierta como en grito se asoman la virgen y los santos que los miraban desde los estantes de la iglesia. Así amontonados, un cuerpo sobre otro, perdieron la seriedad y le resultan más cercanos y hasta queribles. En otro canasto Iyatäé ve los violines de la orquesta, con su panza de madera lustrosa y las cuerdas tensas. Se acerca y acaricia el

que está arriba de todo. Cierra los ojos y vuelve a ver a Joaquín bajo los sauces, el mentón apretando la madera, la mano lejos buscando la curva exacta para bajar y hacer vibrar el aire. Con cuidado saca el instrumento y escarba en el canasto hasta encontrar un arco. Mete las dos piezas bajo su manta y vuelve sobre sus huellas todavía marcadas en el barro del camino.

Dayami está en el umbral, jugando con unas piedras. Iyatáé llega hasta su lado, apenas le da un vistazo y se mete en el fresco de la casa. Sentada en un rincón, saca de entre su ropa el violín y lo acomoda como ha aprendido. Sabe tocar muy bajo, es lo primero que le enseñó Joaquín para no llamar la atención de los curiosos. Apenas un gemido dulce, ese llanto de bebé que la conmovió tantas veces y que ahora le pica en los ojos y se le anuda en el pecho. El gemido va y viene con el movimiento de su brazo, y se hace más gutural según qué cuerda presionan las yemas de sus dedos. Ya no escucha nada más que este sonido suyo, desaparecen los trajines de los carros y los loros protestando, hasta la voz de su hijo que la reclama desde afuera. Tampoco oye entrar a Nadel, no sabe cuánto tiempo lleva contemplándola en silencio hasta que se atreve a hablar en lengua, como hacen siempre que están solos:

Iyatáé, ¿por qué trajiste eso a la casa? Eso no es tuyo, es del Paterlec, no puede estar acá.

Ella no quiere recibir sermones. Aunque le habla en moqoit, Iyatäé no quiere escuchar esa voz de Nadel, el tono grave y monótono que despierta en ella un enojo que le sacude la tristeza. Esa voz que suena como la de Manuel. Aprendió nuevas leyes que lo asustan, ahora para él las cosas tienen dueño, las cosas y las personas están atadas con sogas que tiran más que las propias tripas o el deseo.

Iyatäé vuelve a cerrar los ojos, vuelve a acariciar las cuerdas con las cerdas, a invadir el espacio con las notas tristes de su violín. Apenas en un susurro, le contesta:

Lo necesito.

Manuel argumenta con leyes que son de otros. Parece el mismo cacique Nevedagnac con su cayado y con las palabras que aprendió a copiar del Paterlec. Las prohibiciones, los pecados, los castigos. Pero Iyatäé no es Dolores, y es lo que quisiera decir, que ella ha soportado muchas muertes: la de su padre el gran Caalac, la de su Covinig, todas las que se cobró la peste, la vida del niño que se robaron los pilagá... Le diría que necesita que a veces el violín lllore por ella porque el llanto pasando por su cuerpo le hace mal, que es por un tiempo y cuando ya no lo necesite se lo llevará de nuevo al Paterlec. Pero sus labios permanecen unidos. Abraza la cintura del violín como si fuera una mujer pequeña a la que necesita proteger.

Nogoio. Es la única palabra que pronuncia. Es el canto que cura el corazón, el que cantan las ancianas cuando alguien enferma o se apaga de tristeza. Es nogoio el que curó a su madre cuando el río se llevó a su hijo mayor. Una melodía que las ancianas aprendieron de otras, y ellas de una mariposa que les enseñó cómo mover las tristezas y las enfermedades de un cuerpo empujando desde los oídos con una melodía dulce. Si alguien necesita de este canto es porque la vida se le está escurriendo en lágrimas o en fiebres.

Su marido se queda callado. Se echa a su lado entre los cueros y le dice que mañana le va a explicar todo al Padre y que espera que la perdonen. Iyatáé quisiera decirle que él no entendió que no hay nada que perdonar, pero ella también está cansada.

Busca a Dayami y lo acuesta a su lado. Cierra los ojos y espera que el sueño le apague los malos humores. La caminata hacia el norte comienza al alba.

El barro se marca con los pasos de los hombres y las mujeres y los caballos. Van siguiendo el río. Las viejas murmuran cantos. El Paterlec comienza a decir sus rezos. Entre las oraciones les dice que van a avanzar en esa dirección, hacia el gran Chaco, hasta encontrar un mejor lugar para la nueva San Xavier. Algunos se suman a los cantos, otros a las oraciones. El rumor de lenguas mezcladas marca el ritmo de la caravana.

La bruma que levantan los primeros rayos del sol le hace pensar a Iyatäé que caminan entre las nubes, como en un sueño. Dayami todavía duerme entre sus brazos. Escondido entre las ropas y los cuencos, el violín va con ella a la nueva tierra.

Las figuras espectrales a su lado parecen hablar un idioma nuevo, una mezcla de sonidos abiertos y cerrados, con silbidos y golpes de la lengua contra los dientes. El pueblo entero dejó la quietud que estaba enfermando a Iyatäé y vuelven a atravesar los montes hasta encontrar una tierra que los quiera. Tiene que disimular la sonrisa que le provoca esta mudanza, tiene que disimular el orgullo de que haya sido su sangre la que movió al río con tanta furia que los padres blancos decidieron que ya era mucho resistir.

Iyatäé siente el poder de su cuerpo, sabe que si en la nueva tierra le molestan las raíces que echan va a evocar otra vez a los espíritus. Y si no puede sola le va a pedir ayuda a las viejas que siguen conversando con sus dioses, que conocen los secretos de las piedras que caen del cielo y de las lenguas de fuego de la sequía y de los insectos que pueden meterse en las casas y en los sembrados y hasta en las narices y las bocas. Ya encontrarán ellas la manera de estar otra vez en movimiento.

Somos nosotros barro que tapa el barro de los cuencos y las ollas, somos viento que derrumba las paredes para que vuelvan a la tierra. Desde los restos de la tierra arada surgimos otra vez como maleza huraña, como yuyos sin línea y sin propósito.

Somos también bandadas de patos volando en la noche. Lloramos con silbido triste para que se desenreden los espíritus que están enmarañados en la espesura y vuelen con nosotros hasta nuevas tierras.

Nuestros hermanos se están moviendo, se mueven sus cuerpos y sus fuegos y sus lanzas y trazan nuevos caminos y nos esperan más allá para que les regalemos los peces y los brotes verdes.

Nos dejamos arrastrar por la corriente del río. Llamamos a las almas de los difuntos para que también se muevan con nosotros. Con los llantos de las aves lloran las ramas de los sauces y los cachorros recién paridos y los espectros. Nos vamos yendo.

Otra vez el monte

La caravana se mueve como una vaca gorda, lenta y pesada. El camino que abrieron los que fueron antes es angosto para tanto carro y tanta gente y los espinillos lastiman a los que van en los bordes. Esos rasguños no molestan, son como las picaduras de los mosquitos que al principio resultaron insoportables para los padres blancos pero que ya no hacen mella en las pieles curtidas. Hay quienes pisan el monte por primera vez, que no han sabido de él más que de mirarlo de lejos, que no distinguen entre las hierbas buenas de las que dan picazón. Una niña pequeña viene llorando de vuelta a su madre, la pierna roja y ardida por las espinas casi invisibles de un cactus. La madre se pasa la palma de la mano por la lengua y con su saliva le alivia el dolor.

Nadel es de nuevo el cazador alegre que Iyatäé conoció. Un sonido apenas perceptible de ramas quebradas lo aleja por un rato de la larga hilera. Vuelve con una liebre colgando de sus patas, las orejas apuntando al piso y una herida abierta por la que la sangre riega la tierra. Algunos de los jóvenes festejan la presa, y se suman a esas excursiones

intermitentes, que llenan los fuegos esa primera noche, cuando la marcha se detiene. Un chancho salvaje se asa sobre su cuero peludo, hay liebres girando sobre el fuego en una rama que las atraviesa de a dos o tres, en el caldo humeante se ablanda la carne de las perdices perfumadas con algunas hierbas. Los padres blancos los dejan hacer, pero antes de comer piden que bendigan los alimentos y le agradezcan a su dios por el banquete.

Iyatáé ha aprendido a callarse la risa que le dan los esfuerzos de los padres por atribuirle todo lo bueno que pasa a ese dios que nunca ven y que nunca habla. Hasta les dijeron que él solo ha creado todo el mundo y los cielos y los animales y las plantas y el primer hombre y la primera mujer de los que todos son hijos. Nunca podría un dios tan débil, como ese hombre pálido que está en la cruz, haber hecho tanto trabajo. Ella sabe que los espíritus construyen y destruyen todos juntos, hay quienes se encargan de los cielos y otros de la tierra y en los ríos y los arroyos están otros. Y la fuerza de la vida se desparrama hasta encender el latido en el corazón de cada hermano y de las ranas y de los zorros, y en la potencia con la que explotan las semillas debajo de la tierra para

dejar crecer los primeros brotes. Ella sabe mucho de los dioses porque así se lo han contado los ancianos y ella va a contarle estas historias a Dayami para que nunca se pierdan.

A la mañana retoman la caminata. Su hijo mira el monte con ojos de asombro, ella le señala cada pájaro y cada árbol y le dice el nombre que llevan, y cuáles se comen y cuáles dan ardor de panza y no le alcanzan los días y las noches para todo lo que tiene que enseñarle. Tiene que enseñarle el canto de los nelomagdayes que siempre van de a dos, y las ramas altas del enedagangat que están esperando las flores que llegarán cuando lleguen los días del sol cálido, y el dayami, del que su hijo lleva el nombre, y cuyo fruto espinoso abre con cuidado para que él pruebe su dulzor escondido. Dayami saborea su fruta mientras ella señala pájaros blancos y le dice que están marcando el camino.

Esta madrugada el granizo los despierta con furia, un recordatorio de que nada de esto les pertenece, que los dioses pueden en un pestañeo quitarle la comida de las manos y el calor de la piel. Abraza a Dayami que llora, empapado, y con cada grito emana el humo del calor de su aliento. Iyatáé se acuerda del frío y las angustias de su vida antes de la reducción. Se acuerda del miedo con el que veía los cielos partirse las noches de tormenta y los días que la panza hacía ruido porque la caza escaseaba. Debajo

de las ramas del montecito de algarrobos algunos hombres prenden un fuego que cuesta porque las ramas están húmedas pero arrancan un poco de corteza del tronco y las llamas por fin dan calor. El Paterlec les cuenta que en sus tierras los días de frío la lluvia se convierte en un algodón blanco que lo cubre todo, como las flores del palo borracho, que la tierra se vuelve blanca y las huellas quedan marcadas como las pisadas en el barro blando de la costa cuando hay creciente. Iyatäé lo escucha y sueña despierta con ese mundo lejano de hombres blancos y lluvia blanca que ella no sabía que existía. Le hace pensar en cuántos otros mundos habrá, cuántos colores de hombres que nunca ha visto, tal vez haya mundos con hombres y mujeres de piel roja y lluvia de sangre, y el miedo se le hace nudo en las tripas.

Somos nosotros netanec, señas para que nuestros hermanos vean el buen camino. Somos los vuelos de las garzas blancas, somos los zarpazos de nuestras espinas que les dicen por acá sí, por acá no... Los cuidamos a veces con rigor, a veces con dolor, pero los cuidamos. El nayic que les marcamos nos atraviesa el vientre de monte como una lanza, dejamos que aplasten la hierba con sus caballos cargados y el peso de las semillas que atesoran como si no hubiera suficiente comida para todos. Somos

bruma que esconde la forma de los hombres y los animales y somos rayo de luz que disipa la niebla. A la noche somos punzada de estrellas en el cielo, para que recuerden que siempre estamos, desde el tiempo de los orígenes, iguales y distintos, que somos uno y somos cada hoja y cada fruto y cada diente que muerde la carne. Enviamos a Nanaikalo, la serpiente, para que sepan que vendrán lluvias y granizos y las piedras de hielo golpean las espaldas de nuestros hermanos dormidos en el monte.

Lluvia

Iyatäé huele el agua en el aire, la siente en los mosquitos que revolotean anunciando la humedad. Esa mañana ve otra vez las nubes grises, hinchadas como sus tobillos antes de parir. Las primeras gotas, gordas y sonoras, divierten a su hijo, que mira el cielo para recibirlas en la frente. A ella también le gusta la lluvia, tiempo de contemplación de los hombres mientras la tierra y las plantas se mueven y se funden en barro. Pero ahora ellos están en movimiento. Las patas de los caballos y de las vacas hacen pozos en los caminos y los pasos de los que vienen detrás se hacen lentos y pesados. Los caciques convencen al Paterlec de que así no van a avanzar mucho y se detienen bajo la copa de unos lapachos.

Un grupo de niños se interna en la espesura. Quieren cazar, dicen, aunque apenas sostienen las lanzas, que ondulan sobre sus hombros. La osadía despierta la risa de los mayores, pero los dejan jugar a ser cazadores. Se aprende así.

Debe ser ya hora de comer, aunque el sol no aparece. Son los ruidos de las tripas los que le indican a Iyatäé que sería tiempo de preparar algo. Difícil

encender un fuego con todas las ramas mojadas. Busca en los canastos algunas frutas que fue recogiendo en el camino. Dayami se prende a su teta que ya casi no tiene leche pero igual lo consuela.

Unos gritos agudos se escuchan a sus espaldas. Los niños cazadores vuelven corriendo. No traen lanzas ni presa. El susto se les ve en los ojos redondos y las bocas abiertas.

¡La viejita del monte! ¡Allá, allá! De todos los gritos alcanza a entender que la vieron, o notaron en el barro sus huellas pequeñas, o escucharon su voz como de trueno.

Alguna vez ella también se la encontró en el monte: uno de esos días en el que su padre, el gran Caalac, la dejaba acompañarlo en sus excursiones, porque aunque era niña era fuerte y tenía piernas como de liebre, como le decía él. Ella iba adelante, escuchando las ramas que se quebraban cuando algún animal torpe quería esconderse de la puntería de su padre. Entonces oyó un susurro que parecía venir de debajo de la tierra, una voz antigua y cargada de viento. Detrás de la panza gorda de un palo borracho se asomaba una figura pequeña, de pelo blanco, que la miraba desafiante. Iyatäé supo enseguida con quién se había encontrado.

La Conasa le hablaba sin mover los labios, sentía directo el eco en su cabeza: basta, ya es suficiente. No

necesitó más. Fue caminando hacia atrás para no darle la espalda a la viejita, hasta que la perdió de vista. Recién entonces giró y corrió lo más rápido que pudo hasta llegar al claro donde había quedado su familia. Trató de parecer calmada cuando le contó a su padre que la viejita del monte le había dicho que ya se había acabado la caza por ese día. Caalac dio la orden y todos volvieron.

Ahora los niños son el centro de atención. Gesticulan, imitan un cuerpo encorvado, señalan con sus manos el tamaño diminuto de las huellas que vieron. Las ancianas están preocupadas. Hay algo que ofendió a la viejita. Tal vez la osadía de los niños que iban a cazar más por diversión que por hambre. Quizás es este transitar de hombres y animales y carros que trazan un sendero ancho y aplastado que lastima el paisaje. Comienzan los cantos, primero apenas susurrados, luego en un coro cada vez más sonoro y sentido. Iyatäé se suma a las voces: perdón, perdón, piden las mujeres, otra vez en tribu.

Somos nosotros agua que se hace nube en el cielo y barro en la tierra porque el agua se mueve y con ella se mueve la vida. Hablamos con nuestros hermanos en lenguas distintas, en el rugir de los truenos y el crepitar del fuego y en el viento entre las

ramas y en los cantos de los pájaros. Somos estrellas que marcan el camino en las noches claras o en la oscuridad espesa para que sólo escuchen las voces de la oscuridad. Somos a veces lianas que los enredan al monte, somos río en remolino cuando los que vivimos en el lecho nos enojamos y la vieja Conasa que susurra de los peligros en la espesura. A veces nuestros hermanos no entienden. En todas las lenguas les damos siempre la bienvenida.

Tatuajes

Esta nueva reducción, aunque todavía a medio construir, ya se adivina mayor que la anterior. El Paterlec necesita más brazos para la siembra y el ganado y levantar paredes y colocar por encima las piezas de barro rojizo. Los caciques, que ya fueron bautizados y que acordaron con el padre pagos en tabaco y yerbamate y salvación de sus almas, van en expedición para tratar de convencer a nuevos hermanos: llevan ellos mismos yerbamate y tabaco y vacas y promesas.

Algunos vuelven con una familia nueva. La sorpresa en las caras de los recién llegados le recuerda a Iyatáé la primera vez que entró caminando a la misión, dejando atrás el monte.

Otros vuelven con espanto en los ojos. Les contaron historias de muertes, de poblados enteros en los que los hombres blancos no han dejado ni un niño vivo. De hermanos que son cazados con redes que cuelgan de los árboles, de balas que atraviesan la espalda de los que quieren escapar.

Los caciques se sientan en la ronda a compartir los horrores que han escuchado. El Paterlec trata de

tranquilizarlos: que eso ocurrió lejos, a muchos días de marcha, en una tierra que es roja y donde el río cae desde tan alto que casi toca el cielo. Al padre también los pájaros le traen noticias, pero no con sus cantos sino con sus plumas: otros hombres las cargan de tinta para trazar símbolos que viajan enormes distancias.

Pero ellos saben que la distancia no es problema para los blancos: vienen de mundos lejanos, atraviesan aguas gigantescas y llegan hasta lo profundo de la selva cuando buscan algo. Igualmente acuerdan seguir ahí, con la esperanza de que el peligro no los alcance, aunque una sombra en los ojos del padre los deja intranquilos.

A Iyatäé el miedo le trepa como una cosquilla desde la planta de los pies. Se siente desnuda, a pesar de que ahora casi siempre tiene el cuerpo cubierto. Mira las casas nuevas, esparcidas en el terreno sin árboles, alejadas de la protección del monte y de los juncos que esconden. Como esas crías guachas que, perdida su madre, se quedan paralizadas en el claro, a merced de los tigres.

Pero no hay mucho tiempo para sentir miedo: los trabajos son muchos y el ritmo que marcan las oraciones y las tareas la dejan agotada a la noche. Se preparan para recibir visitas importantes que vienen desde Santa Fe. Iyatäé nunca ha estado ahí, pero se imagina que será como ese gran pueblo que le

describió Joaquín al regreso de su viaje. Hay que terminar la vajilla de barro y las alfombras de muchos colores y las velas con las que los Padres engañan a la oscuridad. Iyatäé es una de las encargadas de enseñar los oficios a las mujeres recién llegadas.

Entre esas recién llegadas está Dalim. Una de las primeras jornadas de trabajo se acerca a ella y dulcemente toca el mentón de Iyatäé, marcado por líneas que llegan hasta el labio inferior.

Me gustaría..., le susurra.

Los tatuajes no están permitidos, advierte Iyatäé en voz baja.

Dalim baja la vista con resignación. Iyatäé siente su tristeza y le dice en secreto: Pero si no se ven, tal vez... yo voy a ayudarte.

Iyatäé nunca tatuó, pero vio muchas veces la ceremonia y la sintió en su propia piel. Consigue unas espinas filosas de palo borracho y encuentra un lugar apartado donde se reúne por las tardes con Dalim a enseñarle el telar y ocultar los trajines de embellecerla. Va marcando en el pecho de la joven unas líneas que van de un hombro al otro.

Con cada pinchazo de la espina que se hunde en la carne la joven cierra los ojos y se muerde el labio inferior para no gritar. Iyatäé recuerda cuando ella pasó por lo mismo, recuerda la risa de su hermana

menor por sus gritos, el festejo de su madre cuando vio a su niña convertida en joven dispuesta para el casamiento. Pero no recuerda el dolor. Por suerte el cuerpo olvida algunas cosas: se queda con las imágenes de esas rondas, con el olor de la leña quemándose en la fogata alrededor de la que se sentaban, con el gusto a chicha de miel que le daban para que endulzar las lágrimas, pero al dolor sólo puede evocarlos, con ternura, en los gestos de Dalim. Van avanzando lentamente, algunos puntos por tarde. Iyatáé sopla las gotas de sangre para que no manchen el lienzo con el que tapa los pechos de Dalim y las nuevas marcas. Cuando cicatricen las va a pintar con cenizas para que los puntos negros marquen una constelación oscura sobre los pezones y les indiquen a los jóvenes que ya está dispuesta para el casamiento.

Asamblea

La familia de Dalim trajo cueros llenos del fruto de la algarroba para preparar el nape. Pero ahora es todo más secreto que antes. La asamblea se tiene que hacer en una casa, porque el Paterlec prohíbe lo que él llama las borracheras y anda merodeando y tiene espías entre los jóvenes que lo siguen a todos lados como cachorritos mansos. Los otros padres blancos ayudan al Paterlec, pero es él el que toma las decisiones, es el cacique de los hombres blancos.

Iyatäé le pide a Dalim que la acompañe a lo de las ancianas, que están haciendo la chicha de maíz. Aunque ninguna de las dos puede participar en la preparación porque son fértiles, les gusta agacharse ahí mientras las viejas mascan los granos hinchados por el remojo y los escupen a la tinaja. Dalim va a aprender de los padres blancos nuevos rezos y rituales, pero no puede olvidar lo que son, lo que eran antes de llegar a la reducción, lo que han sido durante mucho tiempo. Las ancianas las reciben con sonrisas pastosas y hacen un lugar para que se sienten. Dalim abre el lienzo que cubre sus pechos y muestra orgullosa el tatuaje que Iyatäé le está haciendo. Tiene la aprobación de las mayores, que pasan sus dedos con cuidado para verificar que esté cicatrizando bien.

La hermosura de la muchacha adornada le hace acordar a Iyatäé a los días en los que esperaba a Nadel con su dote. Ella fue hermosa, también.

Escuchan tres veces las campanadas, pero no rezan ni tejen. ¡Hablan de tantas cosas! De las noticias de otras familias que trae Dalim, de cuál de los jóvenes serían un buen candidato para la joven y de recuerdos de fiestas anteriores. Cuando el cielo se hace luz rojiza se despiden.

Ya los designados han dado el visto bueno: la chicha está en el punto exacto para tomar y la bebida de miel que otros escondieron en sus casas también tiene el dulzor necesario. La invitación no es con tambores y silbatos sino con susurros. Esta vez a Iyatäé le cuesta convencer a Nadel que la acompañe. El temor a la desobediencia a veces parece ser más fuerte en él que las ganas de abrazarse con sus hermanos y beber y reír. Pero va, llevando a Dayami en sus brazos.

Dentro de la casa encienden un fuego pequeño, sobre unas piedras. Se acomodan en ronda cerrada y las ancianas inician la asamblea con cantos que llevan a Iyatäé a ser niña otra vez. Cierra los ojos y sus padres y sus hermanos aparecen entre el resplandor de las llamas. Las vasijas circulan y a cada sorbo se siente más liviana. Podría volar sobre el caserío y alejarse aleteando lento como las garzas cuando buscan su presa en el río.

Desde afuera se escucha un ruido seco y un borbotear de arroyo. Una de las ancianas sale mientras otra apaga el fuego y todos quedan en silencio, agazapados en la oscuridad. Se escuchan gritos en lengua y una voz grave que intenta parecer serena. Dalim se anima a salir para ver qué pasa y vuelve para contar las novedades: que dice el Padre que sin querer pasó caminando con su bastón y se chocó con la tinaja llena de chicha. Que dice que debe haber sido una señal de dios, al que no le gusta que los hombres se emborrachen. Algunos ríen, otros se enojan, pero nadie cree en la mentira del Padre. Seguramente le han llegado los cuentos de la asamblea y el lugar preciso y la noche elegida. Ahora tendrán que escuchar sermones y van a escasear por unos días la yerbamate y el tabaco que el Padre reparte entre los que trabajan. Y escasearán también la siembra y la miel en los panales y los peces en las fijas, porque en la ceremonia no habían alcanzado todavía a agradecer a los negritos del río y a la vieja del monte por los frutos del agua y de la tierra.

Somos nosotros maíz que se baña en agua y nos hinchamos hasta explotar la piel en pulpa blanca. Pasamos por las encías de las viejas que nos traen en su saliva los recuerdos de los que han sido. Somos azúcar y alcohol en las tinajas y en los troncos

ahuecados de los árboles y somos fuego en los ojos de nuestros hermanos cuando nos beben. Somos flor y néctar y miel y bebida que a veces vuelve a la tierra cuando los hermanos nos agradecen. Nosotros también les agradecemos y retribuimos las ofrendas en peces y en semillas. A veces el ciclo de dádivas se interrumpe y el agua se retira y los brotes no crecen. Nos agazapamos a la espera, porque sabemos que nuestros hermanos no nos olvidan.

Y que el río

A pesar de que lleva tiempo tomando un brebaje de raíces, Iyatäé tampoco sangró esta luna nueva. No puede hablarlo con Nadel, que parece apurado por traer un hijo nuevo a estas tierras de dios, como les pidió el Paterlec. Se le nota esa urgencia en las noches en las que ya no se demora más en besos ni en placeres. Iyatäé quiere montarse sobre él, pero los brazos que la sujetan, espalda contra el piso, no tienen ya la gracia de los juegos de antes.

Por eso le preocupa que el ciclo de las lunas y la sangre se haya interrumpido. Un hijo de la obligación puede nacer con la tristeza pegada. Le han dicho que a veces salen con la espalda encorvada porque desde el vientre andan llevando carga.

De a poco se le fue el hambre. Intenta comer, pero cada bocado que se mete a la boca le sabe a un puñado de arena. Si no hay comida ni para ella tal vez su cuerpo se dé cuenta solo de que no podrá sostener otro más y ya no retenga a ese nuevo bebé.

A veces pierde la paciencia con esta espera y le da puñetazos a su vientre. Pero por instinto sus músculos se tensan cuando los nudillos están por tocar la piel.

Nadel se fue a la misa de hombres. Iyatáé sale en la mañana cálida con el enojo hirviéndole en la sangre. Anoche fue otra vez el entrevero apresurado, las preguntas desconfiadas por la flacura y la palidez. Ya no espera más. Pero no camina directo a su destino, se aguanta las ganas y da un rodeo largo, como quien anda buscando algo, hasta llegar a la última línea de casas. La de la vieja Qotesaxa es la más bajita de todas, parece hecha a medida para su única ocupante que ya empezó a achicarse de tantos años encima y los que quieren entrar tienen que hacerlo en reverencia. Dicen que dio su ojo a cambio de los poderes. Iyatáé no sabe si es cierto, pero el agujero rodeado de arrugas y apenas tapado por unos mechones grises le da el aspecto de alguien que vio demasiado y sabe mucho. Tanto sabe la vieja que apenas la ve entrar adivina en qué se le va tanta preocupación a su visita. Se agacha apenas un poco hasta llegar a su vientre, murmura unas palabras como quien le hablara a alguien ahí adentro y la hace acostar en unos cueros bastante ahumados y sucios.

La Qotesaxa toca con sus pulgares al vientre de Iyatáé, entre los dos huesos de la cadera que

sobresalen más todavía después de estos días de ayuno.

Apenas incorporada entre los cueros Iyatäé ve hundirse esos dedos que parecen traspasar piel y carne y meterse en las entrañas. Esta vez sí, piensa ella, y cierra los ojos.

Esa tarde empieza a sentir los primeros dolores. Parecidos a los que anunciaron la llegada de Covinig. Deja a Dayami al cuidado de una hermana y camina hasta la orilla del río. Hay unos nenes jugando. Las risas hacen eco entre las paredes barroas. Iyatäé se mete en el río y hunde su cabeza en el agua marrón. Debajo del agua los sonidos y los dolores se aletargan. Cuando vuelve a salir a la superficie siente la camisola pegada al cuerpo, pesada. Desata la soga que amarra la tela y la desliza hasta los pies.

Ahora el agua fresca llega directo a su piel. Cosquillea en sus pezones, le eriza la nuca, lava su entrepierna. Siente cómo su cuerpo expulsa los coágulos de sangre. Todavía sostiene el lienzo blanco con su mano extendida. La tela flota unos instantes. Iyatäé afloja la tensión de los dedos. Ve la prenda nadar con la corriente y quedar enredada en unos camalotes. Que el río se lleve todo, todo.

Somos nosotros río en el que nuestros hermanos se sienten livianos y se lavan las penas, que dejamos ir con la corriente hasta las aguas grandes y saladas. Los negritos y los bagres y las mojarritas le hacemos danza alrededor para que sepan que acá hay fiesta y comida.

A veces nos dejamos atrapar y somos escama al sol y carne en las brasas y bocado que sacia el hambre. Otras veces nos hacemos remolino que se trae para nuestra hondura uno de ellos, para que nos cuente de la vida seca y de la quietud. Nosotros somos siempre movimiento.

San Xavier

Esta mañana la reducción es tumulto y fiesta. Llegan de lejos para los festejos de San Xavier: comandantes españoles con sus soldados y otros misioneros y gentes de hasta trescientas leguas, les dijo el Paterlec, inflado el pecho de orgullo porque todos vienen a verlos. A Iyatäé le toca llevar hasta la plaza los sombreros de cuero de buey y los penachos rojos y azules, para que los hombres vistan, a quien cada color, para representar los bandos que van a entrar en simulacro. Nadel se calza el tocado azul y se monta en una mula. Ella se muerde los labios de la bronca: por qué no peleó para al menos estar montado en un caballo.

Los días previos también tuvieron que cambiar las puntas de las flechas por botones envueltos en telas y mochar las lanzas para los combates que simulan.

Cuando llega la hora del desfile los niños y las niñas deben separarse de ese andar todos revueltos para armar dos filas que llegan hasta la puerta de la iglesia. Los hombres están casi todos afuera, preparados en sus monturas, esperando la entrada triunfal. Las mujeres amontonadas en la plaza, sumando a los murmullos de la ansiedad el golpeteo de las semillas en las calabazas secas. Las visitas

entran primero para poder contemplar el espectáculo de los indios que simulan ser soldados de las viejas tierras, luego simulan pelearse a muerte a caballo o a pie, con las armas mochas y la puntería errada. Ya rotas las filas del recibimiento los niños corren por toda la plaza para rescatar flechas y lanzas volver a dárselas a los mayores, en medio de una polvareda en la que no se sabe si lo rojo es sangre o es pluma.

El Paterlec ordenó que hoy no haya chicha para que el alcohol no les meta el diablo adentro. Pero las visitas han traído vinos que no se pueden rechazar. Lleva unas botellas a los fondos de la iglesia y les pide a las mujeres encargadas de la comida unas vasijas con agua. En cada una echa apenas un chorrito de vino: es para sus hombres, dice.

Iyatáé es una de las encargadas de llevar a la mesa que se ha montado en el centro de la plaza el agua teñida. Sirve en los cuencos que los combatientes, sudorosos y agotados por las corridas, esperan con ansias. Escucha carcajadas en la cabecera: uno de los españoles se ríe de la bebida que les preparó el padre a sus indios, como le gusta decir, mientras se sirve directo de la botella un líquido rojo oscuro en una copa de cristal. Ella ya había visto el cristal cuando tuvo que atender la casa de los padres blancos, que tenía que tratar con cuidado los cuencos para el vino porque se rompen más fácilmente que las vasijas de barro.

Llega la hora de los regalos. Iyatäé simula estar muy ocupada porque no quiere pasar por la ceremonia de agradecer un confite o unas agujas. Dayami viene corriendo a ella haciendo sonar una pequeña campana, como la de la casa de dios pero que cabe en la palma de su mano.

Después de la comida la plaza vuelve a ser campo de juego: es la hora de las carreras, a las que hasta algunos españoles se animan, confiados en sus caballos.

Iyatäé aprovecha el griterío para alejarse de la plaza. Busca a Dayami que está correteando con otros niños y lo calza en su cadera. Camina lentamente, sin mirar hacia atrás. Se cruza con varias ancianas que van a ver las competencias y las saluda apenas con una sonrisa.

Mira sus pies avanzar, un paso detrás de otro. Se concentra en el aire que entra por su nariz, le enfría el enojo dentro del cuerpo y sale hecho susurro, como el viento entre las cortaderas. Un pie, el aire que entra, el otro pie, el aire que sale. La tierra quedó blanca y finita como la harina de tanto trajín. El enojo se hace hormiguero otra vez dentro de ella: ya hubiera querido espesar de nuevo el vino con la sangre de ese español bruto. Se imagina saltando sobre la mesa, rompiendo platos y cuencos en una carrera desaforada hasta la cabecera, en la mano una punta de lanza filosa que atraviesa el cuello del visitante y la

sangre vertida sobre la copa. Se imagina la cara de espanto y de miedo de los que hasta entonces admiran la mansedumbre de esos indios, el orgullo del Paterlec disolverse en mueca. Se imagina a los caciques envalentonados continuando sus gestos.

Escucha un tintineo. Dayami tiene en la mano que cuelga por la espalda de su madre la campanita que le han regalado. Apoya su cabeza en el hombro de Iyatäé y lo mordisquea con sus dientitos de cuis, sin hacer daño.

Iyatäé mira el suelo. Camina. Un pie, el aire que entra, el otro pie, el aire que sale. No pudo más que servir el vino aguado y volverse para las cocinas. Le faltó valentía. Los gritos de la plaza suenan cada vez más lejanos, casi no distingue voces. De a poco el nudo que le apretaba el vientre se va aflojando. No tiene que pensar en nada. Sólo necesita decirle a su cuerpo que siga moviendo un pie y después el otro, así, mientras respira, un paso a la vez.

Bienvenida

Cuando de la reducción no quedan más que ecos, Iyatäé se interna en el monte. Dayami se duerme por el ritmo sostenido de los pasos de su madre. La boquita entreabierta, un hilo de baba cayendo por su mentón, los cachetes rojos. Iyatäé cubre con su mano la oreja del niño para que los loros no lo despierten. Va pisando con cuidado porque las espinas de los aromitos con la que hacen sus nidos se esparcen bajo las ramas. Las plantas de sus pies deberán otra vez hacerse duras como cuero.

Sigue unos senderos entre los árboles que otros marcaron, hasta que ya no queda huella que seguir. En ese andar reconoce los ruidos del viento entre las totoras y el olor dulce de las flores. ¿Ya habrá estado alguna vez por estos caminos o es la primera vez que pisa este monte? Va a tener que orientarse por la posición del sol. Allá en la reducción estaban tan clavados a la misma tierra que no hacía falta mirar arriba para saber por dónde se aparecía el sol y en qué parte del río se hundía. Aquí tiene que estar atenta a cada árbol, tiene que aprender a reconocer los follajes y los troncos para no desorientarse. Todo lo otro está en movimiento: las bandadas de pájaros

vuelan en círculos, los monos que parecen volar también entre las copas de los paraísos, los carpinteros picotean un rato por acá y otro por allá. Camina al ritmo del monte para no espantar a los cardenales, que se posan como flores en las ramas todavía secas de los ceibos, compitiendo sus copetes con los pájaros rojos que florecerán en poco tiempo. Abre los ojos cada vez más grandes, como se abre la boca para devorar lo antes posible la comida, tanta fiesta hay de colores y de plumas y de garras y de hojas que le dan ganas de llorar.

Iyatäé presiente que alguien los está mirando: entre unos cardos asoma la trompa alargada de un layoraxai, que hurguea con su lengua oscura buscando hormigas. El sobresalto inicial pasa enseguida. Ella no es presa para ese animal tan grande que se alimenta sólo de las criaturas más pequeñas. Se miran un instante. El miedo pasó de uno a otro. Es el layoraxai ahora el que eleva su cola en una cresta de pelos duros. Iyatäé no quiere asustarlo: ella invadió su territorio y su figura delgada y erguida evocará la de algún cazador. Baja a Dayami y se para delante de él. Respira mirando fijo a los ojos al animal, tratando de adivinar su respiración y acoplarse a ese mismo entrar y salir del aire. Retrocede de a un paso a la vez, las manos extendidas como señal de que no hay armas ni peligro, con cuidado de no tropezar con su hijo que también camina hacia atrás.

Cuando se alejan lo suficiente, Iyatäé se sienta en el tronco de un árbol que está curvado hasta tocar el suelo. Acomoda a su hijo sobre sus piernas y le ofrece el pecho. Sediento, Dayami aprieta con sus manitos para exprimir hasta la última gota y se queda un buen rato entretenido, chupando los pezones aunque ya no salga leche. Ella siente ahora una acidez que sube hasta su boca y le deja un gusto amargo. Hambre. Hacía mucho que no sentía eso, tan marcadas estaban las comidas por las campanadas más que por el llamado del cuerpo. Piensa que en la reducción estarán comiendo las sobras de la fiesta y los dulces que llevaron las visitas. Se imagina una ronda alrededor del fuego, las risas y la chicha que se cuele igual en los festejos cuando las miradas se distraen. El recuerdo de la bebida dulce la hace salivar. Tiene los labios resecos, como cada vez que da la teta y el agua del cuerpo se le va toda en leche. Iyatäé camina con el crío en la cadera hasta encontrar un arroyo. Sabe reconocer el cambio en la vegetación y los vuelos de las garzas que anuncian el agua cercana. No hay cuencos. Deberá fabricar nuevas vasijas. Arma con sus manos un recipiente precario para acercar un poco de agua hasta los labios del hijo y beber ella misma. Ahora tiene que conseguir algo para comer. Deja sentado a Dayami bajo la panza gorda de un palo borracho e improvisa una fija con una rama lo bastante fuerte. Agazapada, en silencio, escucha entre el follaje. Pasa un buen rato hasta que

por fin ve cruzarse frente a ella un par de cuises. La cría es más ligera, la fija atraviesa al que corría detrás.

Con eso será suficiente para los dos. Se da cuenta de que no tiene herramientas para desollar, así que improvisa una con una corteza dura.

El sol va tiñendo de rojo las ramas, la piel de los dos, los arbustos.

Encender el fuego le lleva un tiempo pero para cuando las estrellas empiezan a aparecer sobre las copas de los árboles ya hay refugio y calor y comida. Dayami desconfía al principio de la presa diminuta que su madre le alcanza, tan distinta a la carne de vaca que se acostumbró a comer, pero imita la sonrisa orgullosa de Iyatäé.

Ya tienen todo lo que necesitan. Echada de espaldas en la tierra se le vienen las imágenes de Nadel y de la casa que dejaron atrás pero cierra los ojos y sacude la cabeza. No hay ayer ni hay mañana. Sólo están el hambre y la caza, la sed y el arroyo, el sueño y el refugio que les da un timbó generoso, donde se acurrucan los dos, el cuerpo de ella siguiendo el contorno del de su hijo. Le susurra a Dayami historias que le han contado de niña, del ñandú y de las mujeres que antes estaban en los cielos y bajaron, hasta que los dos se quedan dormidos.

Somos nosotros sombra y luz. Cuando nuestros hermanos vuelven nos abrimos, espléndidos, para darles paso. Somos alimento y lecho. No preguntamos por lo que ha pasado, ni castigamos la distancia y el olvido. Chillamos cantos de bienvenida y rugimos de alegría por el encuentro. Hoy es así, porque ha vuelto la hija del gran Caalac y trajo su cachorro con ella.

Nuestra hermana tiene aún piernas de liebre y brazos fuertes. Nos encendemos en llamas que le dan calor y arrullamos sus sueños.

Son parte del monte y de los cielos y de los fuegos de adentro de la tierra y del viento. También nosotros.

Agradecimientos

Este libro nació en las mañanas de tomar mates y hojear el libro de Paucke con mi hermana Laura. Fue leudando lentamente en los encuentros de taller de Selva Almada y los queridos compañeros de los lunes, y tuvo un golpe final de horno en la clínica de obra de Gabi Cabezón y los marcianos. En el mientras tanto me dieron aliento y sugerencias Alejandrina, Rosa, Natalia, Celeste, Mecha, Emi, Juan.

Índice

Otras tierras.....	3
Una luna casi llena.....	6
Abrazos y peces.....	10
Elección.....	15
La casa de un solo dios.....	19
Una vasija grande.....	23
Los días y las tareas.....	26
La nueva vida.....	28
El maestro de música.....	31
El gran pueblo.....	36
Bautismo.....	41
Peste.....	45
Protección.....	49
Fiesta.....	53
Simulación.....	58
Riña.....	61
Creciente.....	64
De río y de tierra.....	67
El traslado.....	72
Otra vez el monte.....	79
Lluvia.....	84

Tatuajes	88
Asamblea	92
Y que el río	96
San Xavier	100
Bienvenida	104
Agradecimientos:	109

Retener a un hijo adentro del vientre no es algo tan natural como suele pensarse, menos cuando ese vientre pertenece a un pueblo invadido. Engendrar, proteger, criar en un útero, en una cultura, es igual de dificultoso. En esta novela se crea una lengua por imágenes, olores, tactos, silencios y música, por la proximidad de la tierra y del río, de la vida pero también de la muerte.

Y que el río se lleve todo es una invitación al origen y al reconocimiento de los pueblos que se fueron y de los que tuvieron que quedarse esperando el regreso, de sus dioses antiguos y de los nuevos, de los exterminios y las supervivencias que hacen posible que estas voces todavía lleguen hasta nosotros.

Dolores Reyes

Claudia Chamudis crea, con una lírica exquisita, la voz imposible, la perdida para siempre: la de la mujer originaria que resiste la llegada y el mundo del blanco. Y que el río se lleve todo no sólo es hermoso. Es necesario.

Gabriela Cabezón Cámara